

58-3a

# PRISIONES DE EUROPA.

PRIMERA OBRA DE ESTA CLASE EN ESPAÑA,

Y

LA MAS COMPLETA DE LAS PUBLICADAS EN EUROPA.

Bicetre.—La Ciudadela de Barcelona.—La Abadía.—Las cárceles de Corte y Villa de Madrid.—Los plomos de Venecia.—La Conserjería.—Cárcel nacional de Barcelona.—Los castillos de If y de Ham.—Spielberg.—El fuerte del Obispo.—La torre de Londres.—Antiguas cárceles de Barcelona.—Minas de Silesia.—Santa Pelagia.—Calabozos en Nápoles y Milan.—El Castillejo.—Las siete torres.—La Inquisición de Sevilla.—La Aljafería de Zaragoza, etc., etc., etc.

SU ORIGEN,

Personajes célebres que han gemido en ellas.—Tradiciones.—Costumbres.  
Escenas notables que han tenido lugar en su recinto.  
Justicias que en ellas se han verificado.—Crímenes que en su interior se han cometido.  
Tormentos que se han aplicado.—Venganzas para que han servido.  
Memorias de prisioneros célebres.—Victimas del fanatismo político y religioso, etc.

DESCRITA

EN VISTA DE OBRAS, DOCUMENTOS Y DATOS FIDELÍSIMOS,

POR

UNA SOCIEDAD LITERARIA.

TOMO SEGUNDO.

BARCELONA:

D. I. LOPEZ BERNAGOSI, ANCHA, 26 y RAMBLA DEL CENTRO, 20.

MADRID:

LIBRERÍA ESPAÑOLA.

Relatores, 16.

HABANA:

LIBRERÍA LA ENCICLOPEDIA.

O'Reilly, número 53.

1863.

L47 - 8694

PRISIONES  
DE BARCELONA.

Es propiedad del Editor.

UNA SOCIEDAD LITERARIA

TOMO SEGUNDO

BARCELONA

Barcelona: Imp. de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro  
callejon entre los núm. 21 y 23.—1863.

*P. A. de Lopez*  
*Ramon Casas*

247-8694

# PRISIONES DE EUROPA.



TOMO SEGUNDO



PRISIONES DE EUROPA.

LONDRE 1840.

## PRISIONES

# DE EUROPA.

## LAS MINAS DE SIBERIA.

La Inquisicion del Norte.—La Siberia, justificada por los rusos.—Misterios de la política rusa.—Las minas.—Colonizacion de la Siberia.—Nikita Demidoff.—Producto de las minas del Oural.—Población de las minas—Mentschikoff.—Su buena estrella, su destierro y su muerte.—Biron y Munich se suceden en la prision que hizo construir el segundo para el primero.—Historia de Lestocq.—Conspiracion en favor de Isabel, hija de Pedro el Grande—Sublevacion de los regimientos.—Isabel proclamada emperatriz.—Suplicio de la princesa Laponkin.—Destierro de Lestocq.—Su miseria en Siberia.—Su perdón.—Recoge sus despojos, que se hallaban distribuidos, del poder de sus enemigos.—El prisionero y el cadáver.—Gregorio Orlof.—Catalina déspota y liberal.—Impostura de Pugatscheff.—Un rasgo del emperador Nicolás.—Niemcewicz.—Radischeff.—Advenimiento de Nicolás al trono.—Sublevacion de los regimientos.—Tenacidad del Czar.—Historia del príncipe Fronbetzkvi.—Kotzebue.—Prascovie.—Louponloff y la novela de madame Cottin.—Detalles topográficos de la Siberia.—Vida de los desterrados y mineros.—Consideraciones generales.

Después de la Inquisicion religiosa, rica de aquellos horribles suplicios con que se envanecian los tiempos bárbaros, estamos seguros que se leerá con interés la Inquisicion ejercida en nombre de una persona mas exigente aun que el mismo Dios; pues esa persona, ese hombre es el dueño absoluto y no puede disponer de sus esclavos sino durante un espacio de tiempo muy limitado.

Dios, ese Dios cuyo poder llega hasta los inquisidores, tiene para vengarse de ellos la eternidad, después de las penas temporales; pero el gran inquisidor que puebla las minas de Siberia, conoce los

límites de su condicion humana, y si mata, es despues de haber agotado en sus víctimas, casi por completo, todos los sufrimientos posibles de la vida, mirados bajo el punto de vista físico y moral.

¡Al solo nombre de la Siberia, tiemblan sesenta millones de vasallos rusos!

Este nombre, repetido por los lúgubres ecos infundiendo terror, nos parece odioso á nosotros mismos; á nosotros, que vivimos lejos del cielo, de las costumbres y del yugo de la Rusia.

Como en otro tiempo temblaba Europa entera al oír la palabra Bastilla, lo mismo suspira hoy, al solo recuerdo de ese clima terrible que ha devorado á tantos millones de inocentes víctimas.

¡Triste recuerdo!...

Si los muros de la gran Ciudadela francesa han absorbido un número de ignoradas penas, ¿quién se atreverá, quién podrá contar las desdichas y miserias sepultadas en las minas desde hace solamente veinte y cinco años?

En nuestros dias, cuando escribimos estas líneas, cuando el ocio transita por los paseos sonriéndose y analizando la política de un periódico, protestando con mas ó menos dureza contra la marcha del gobierno; hoy, volvemos á repetirlo, en el siglo de las luces, existe aun en Europa una Bastilla; una cosa cien veces peor que la Bastilla, en un pueblo que se le llama: *Francés del Norte*.

¡Es un hecho!

Los rusos tienen las minas de Siberia abiertas para cualquiera que se atreva á decir que el emperador no es infalible, como lo es el mismo Dios.

¿Cuáles son los dictámenes, las leyes, los aranceles, en fin, de penalidad que conducen al hombre de la libertad al destierro, del destierro á la muerte, en ese pais maldito por el cielo?

¡Juez, legislador, soberano pontífice... hé aquí lo que es el emperador!... ¡No le falta mas que ser verdugo, y aun así ciertos emperadores no han querido pasar por menos!!

Pedro el Grande decapitó por su propia mano á los Strelitz (1) que se habian sublevado; y Ali-Pacha, el feroz destructor de los

(1) Antiguo cuerpo de infantería moscovita.

mamelucos (1), se divertía en hacerlos fusilar, presenciando su ejecución.

La ventaja siempre queda en favor del salvaje del Mediodía.

Para estudiar, ó comprender este sistema, no solamente de gobierno, sino de paciencia, organizado por los dueños para abusar de él, y por los esclavos para soportarlo, es necesario saber que la Rusia, misteriosa hasta en sus padecimientos, lleva el amor propio nacional mas allá de los límites de la razón.

Deseosa de parecer feliz al resto de los europeos, satisface admirablemente de este modo las miras del Autócrata (2), que destruye y azota á su placer á esa *materia vil*, dispuesta siempre á sonreírle, aun en el acto mismo de verter copioso llanto.

Los Czares (3) han hallado medio de complacer á sus víctimas, enviándolas á Siberia.

El cadalso les hace el efecto de un escándalo temible, propio para deshorrar la nación á los ojos de la Europa.

¡Viva la Siberia!... muda guardadora de cadáveres y agonías.

Seguramente los rusos miran como un gran favor el destierro á las minas de Siberia.

Trataremos de analizar este favor imperial.

Un historiador moderno, viajero de talento, cuyas memorias dan á conocer un gran número de secretos mal aclarados acerca el carácter de los rusos, asegura que en Rusia, todo el mundo, desde el emperador hasta el último esclavo, se miente á sí propio y á los demás.

¡Esto tambien es cierto!...

Cortesanos engañando al soberano, pueblo engañando á los cortesanos... ¡Hé aquí lo que se encuentra en ese país que no será regenerado, si el gobierno despótico no se hunde bajo las ruinas hacinadas por él!

Cuando Catalina II, á quien Voltaire, sin acordarse acaso de la parte que habia tenido en el asesinato de su esposo Pedro III, llamaba la Semiramis del Norte, hizo aquel famoso viaje á la Crimea y á

(1) Soldados de á caballo de Egipto.

(2) Soberano absoluto de Rusia.

(3) Título del soberano ó emperador de la Rusia.

la Taurida en 1787, en compañía de Potemkin, favorito suyo, y que puede compararse con el viaje de Cleopatra con Antonio; dicen que la emperatriz desde la rica galera que la trasportaba por el Dniester, vió por todas partes en su marcha triunfal, las dos orillas del rio bordadas de ricas aldeas, de numerosos rebaños y de una poblacion mas numerosa aun, que vestida con graciosos ropajes se entregaba á la alegría, inspirada por la presencia de su madre y digna soberana.

En vista de la prosperidad de sus vasallos, el orgullo de Catalina debió triunfar, y apropiarse para sí la gloria de aquel admirable cuadro.

¡Toda esta pompa no era mas que una mentira!

Aquellas elegantes aldeas eran tablas pintadas de prisa hacia ocho dias; aquellos ricos rebaños y aquellos aldeanos con vestidos nuevos para la ceremonia, ganados de un precio igual que los otros á los ojos de sus dueños, habian sido recogidos en las provincias lejanas, so pena del knout (1); para venir á simular la dicha y la alegría.

Al dia siguiente de esta triste manifestacion, todos aquellos miserables tomaban el camino de sus aldeas, para volver á encontrar en ellas su acostumbrada miseria, acrecentada aun por tan forzoso viaje.

Esta farsa inventada por Potemkin para su régia dama, es la expresion exacta del cuidado con que los autores y escritores rusos ocultan á los estranjeros, bajo una apariencia brillante y mentirosa, el azote y las miserias de su país.

En ese vasto reino, cuya estension representa treinta veces la de Francia, donde un solo hombre reúne en su poderosa mano el poder temporal y espiritual, ese hombre es él que todo lo puede y el dueño absoluto de los demás que nada significan.

Los castigos y las recompensas proceden de una sola voluntad.

¡De este modo se comprenderá cuántas veces los caprichos y la arbitrariedad, el favor ó el odio han contribuido al reparto del bien y del mal!

De ahí procede, además, para los historiadores, la dificultad de en-

(1) Latigazos en las espaldas.—Suplicio usado en Rusia.

contrar en los escritores rusos, no decimos la verdad, ni el menor indicio en la distribucion de las penas y en la aplicacion de ellas.

Un terror mudo agobia con todo su peso á ese inmenso imperio y lo envuelve por completo, sin permitir á la voz humana delinear los escándalos y excesos.

Ese pueblo, embrutecido por la esclavitud, se parece á los mineros, que la codicia de sus propietarios ó la denuncia de sus enemigos, han encerrado para siempre en el fondo de esas profundas cavernas llamadas minas.

Esas cavernas son la oscuridad misma, el silencio, la asfixia física y moral.

La palabra Rusia nos ha conducido naturalmente hácia la palabra minas.

Entremos en materia.

El descubrimiento de la Siberia, ó hablando con mas exactitud, su colonizacion por los rusos, tuvo lugar á fines del siglo diez y seis, bajo el reinado de Juan IV, uno de los tiranos mas feroces que han ensangrentado los anales de ese imperio.

Antes de esta conquista, los rusos se habian establecido en la parte de la Siberia que confina con los montes de Ourals.

Entre ellos se encontraban Santiago y Gregorio Strogonof, cuyo padre fué el primero que estableció relaciones de comercio mas allá de los montes de Ourals, y se habia enriquecido con el comercio de sal en la Vouitcheгда.

Obtuvieron de Juan la concesion perpétua de una parte de estas vastas comarcas; establecieron colonias y alcanzaron además licencia para esplotar, durante un tiempo limitado, las minas de hierro, estaño, plomo y azufre que descubrieron ellos mismos.

Los aventureros de diversas naciones vinieron á acogerse en esta comarca casi desconocida y despues estendieron sus conquistas hasta los límites del Asia.

En 1585 el Czar Fœdor I publicó un edicto invitando á los maestros mineros de Italia, para que viniesen á esplotar las minas de oro y plata situadas en sus estados.

Algunos ingleses habian obtenido ya la autorizacion de fundir mineral de hierro; volvieron á hacer nuevas tentativas, y solamente en

1628 fué cuando se construyó por el gobierno la primera fábrica de hierro en Mitzinsk, territorio de Tourinsk en el reino de Tobolsk.

Quemada en 1631, fué abandonado dicho establecimiento poco tiempo despues.

Se explotaron otras minas y despues se abandonaron; pero como estos ensayos se multiplicaban, se construyeron fábricas de hierro á espensas del gobierno en diferentes territorios.

En uno de estos establecimientos forjó con su propia mano Pedro el Grande en 1722, 18 Pouds (1) de hierro; recibió por su salario 18 Altuies (2), y empleó toda la cantidad en comprar un par de zapatos.

Al principio de su reinado, este principe habia comprendido ya los inmensos resultados que daria el descubrimiento de las riquezas minerales sepultadas bajo ese suelo helado, y alentó la industria de los rusos con sus esfuerzos y su ejemplo en tan provechosa senda.

En 1699, se fundó por él en Moscou una administracion especial, llamada *Cancilleria de las minas*.

En 1719, esta Cancilleria fué reemplazada por un colegio de minas establecido en San Petersburgo.

En 1700, habia ya ciento veinte y una localidades, donde se encontraban minas de hierro y cobre, mas ó menos ricas.

En 1719, habia tambien en el imperio una fabrica de plata, cinco de cobre y veinte y seis de hierro.

Dos hombres habian sido elegidos por Pedro el Grande para aumentar y dirigir dichas explotaciones.

Uno de ellos era el mayor general de artilleria de Henning, y el otro un maestro herrero de Foula.

Este último se llamaba N kita Demidoff.

Por sus trabajos y los servicios que prestó al imperio, Pedro el Grande le hizo noble, y trasmitió á su familia, una de las primeras y de las mas opulentas de este vasto imperio, una ilustracion justamente acreditada.

(1) 294 kilogramos y 70 centigramos. El kilogramo es una pesa de mil gramos, que equivale á 2 libras, 2 onzas, 12 adarmes y 15 granos del peso de Castilla.

(2) Moneda de plata de 3 Copecks. El valor de cada Altui es de medio real de vellon.

Aun hoy, los Demidoff son mirados como los mas ricos propietarios de minas en los montes de Ourals.

Mas de treinta mil hombres trabajan en ellas.

Desde 1829 hasta 1830, sus productos llegaron á la suma de cuarenta y ocho millones de reales, de los cuales solo se deducen doce para salario de los trabajadores.

En tiempo de los sucesores de Pedro el Grande, se continuaron y perfeccionaron estos trabajos, y los extranjeros contribuyeron por su parte con la ayuda de los mas exactos conocimientos.

Hoy se cuentan cerca de ciento veinte mil hombres empleados en las minas, y que perciben sueldo de los particulares.

Una parte de ellos trabajan á jornal fijo, convenido con el propietario, y no pueden abandonar ni su país ni sus dueños.

Estos son los mas felices.

Otros, verdaderos esclavos, tienen obligacion de trabajar sin salario tres dias de la semana, por cuenta de los propietarios de las minas.

Los trabajadores del gobierno están bajo las mismas condiciones; pero á este número hay que añadir el gran número de sentenciados.

Segun Malte-Brun, ó su continuador (1), esta última clase figura apenas entre los trabajadores de minas en la proporcion de 1 por 1000, porque, segun dice, cada parte del trabajo de las minas exige un hábito bastante grande, ó un aprendizaje mas ó menos prolijo.

Sin querer contradecir este aserto, recordaremos lo que hemos dicho mas arriba sobre el cuidado que emplean los rusos para disfrazar la verdad histórica, en todo aquello que hace relacion con lo que se podria llamar la historia privada de la nacion; y ahora añadiremos, que los infelices sentenciados para toda su vida, tienen tiempo necesario para adquirir el hábito de esta clase de trabajos, como tambien lo tienen para hacer el aprendizaje mas ó menos prolijo, de que habla el autor que acabamos de citar.

La Siberia llegó á ser un lugar de deportacion, desde que fué descubierta, ó conquistada por los rusos, segun hemos dicho mas arriba.

La Siberia llegó á ser un lugar de deportacion, desde que fué descubierta, ó conquistada por los rusos, segun hemos dicho mas arriba.

(1) Tomo IX, página 47.

Este castigo no fué en su principio considerado por esos pueblos bárbaros, sino como una disminucion en la pena; y las víctimas debian agradecersele á su verdugo, á imitacion de aquella cortesana célebre en el reinado de Juan IV, la cual, mutilada por un capricho de este príncipe al terminarse una orgia, fué toda cubierta de sangre á besarle la mano y á darle las gracias por no haberle mandado cortar mas que una oreja.

Uno de los primeros casos de deportacion que encontramos en la historia, tuvo lugar en el reinado de Boris Godounof.

A poco de subir al trono en 1598, este príncipe conmutó todas las sentencias de muerte, pronunciadas por los tribunales, en destierro á la Siberia.

Esto, segun se ve, era ya un progreso.

La sublevacion de las tropas, tan frecuentes en tiempo de aquellos príncipes bárbaros, era una de las causas principales para que se poblase la Siberia con sentenciados.

Despues de la ejecucion de una parte de los vencidos y cuando el verdugo se cansaba de cumplir con su triste mision, se enviaba en masa el resto de los condenados á los vastos desiertos.

A mediados del siglo XVII, se desterró á Siberia y á la parte mas inhabitable de ella á un hombre, poco antes muy poderoso en la corte; Nikon, que en su desgracia pasaba sus ratos de ocio reuniendo las crónicas imperfectas de esos pueblos bárbaros, para componer la primera historia verídica de este pais.

Se le volvió á llamar en el reinado siguiente y murió cerca de Jaroslaf, antes de ver á su patria, donde le esperaban nuevos honores.

En el reinado de Pedro I la Siberia fué dotada de un gran número de habitantes.

Despues de la sublevacion de los Strelitz, obligados á rendir las armas y á demandar clemencia, Pedro I fué para ellos su juez y verdugo al mismo tiempo.

Rodeado de toda su corte, él mismo echó por tierra las cabezas de sus súbditos revolucionados; sus cortesanos le imitaron; y á duras penas los extranjeros adictos al Czar, como Lefort y el baron de Blumberg, obtuvieron la gracia de no hacer un triste papel en esta san-

griente tragedia ; pero entre ellos se distingue Mentschikoff por su destreza y actividad.

Lós culpables de edad mas avanzada fueron enviados á Siberia despues de haberles cortado la nariz y las orejas.

La muerte de su hijo Alejo, á quien él hizo condenar, fué para Pedro I un nuevo pretexto de ejecuciones y de crueles deportaciones.

Los mas célebres proscriptos que en tiempo de su poder habian enviado á sus enemigos á las profundas cavernas de la Siberia, no tardaron en unirse con ellos.

El primero fué Mentschikoff, primer ministro bajo el reinado de Catalina y regente del reino á su fallecimiento durante la menor edad de Pedro II.

Hizo imponer el castigo del knout á su cuñado y acto continuo le envió á Siberia.

Una intriga palaciega le derribó.

Primeramente se le despojó de todos sus empleos; no se respetó su inmensa fortuna, fruto de sus exigencias ; se le asignó como estancia una ciudad del imperio fundada por él ; y partió soñando con terribles venganzas y confiado de volver muy presto.

A algunas leguas de San Petersburgo, una cuadrilla de gente armada le rodeó ; se le comunicó una orden del Czar ; le quitaron sus condecoraciones ; continuó su viaje ; en Jucr recibió nuevas órdenes mas rigurosas aun que la primera ; le hicieron bajar de su coche y le ordenaron que entrase en el lugar de su destierro en una miserable carreta.

Además de cuanto queda dicho, se le formó un proceso.

Declarado culpable por cobrar derechos injustos y obrar tiránicamente, se le despojó de todos sus bienes y se le condenó á un destierro perpétuo, bajo el clima de Berezof, uno de los mas crueles de la Siberia.

Su esposa y sus hijos, que dividieron su suerte con él, aumentaron su suplicio, con la vista de sus padecimientos.

Su inocente esposa á fuerza de llorar, se quedó ciega y murió poco despues.

Sin duda alguna, Mentschikoff habia merecido este cruel castigo, pero el valor que ostentaba en su desgracia le enalteció á los ojos de todo el mundo.

Sufrió sin quejarse y mandó edificar á duras penas, con las economías hechas de la pension que le habian asignado, una iglesia en la cual trabajaba él mismo.

Murió en su prision en 1729.

La familia del favorito que le habia reemplazado cerca de Pedro II, sufrió á su vez en el reinado siguiente de Ana Ivanovna las mismas desgracias.

Pertenecia á los Dolgorouki, quienes pagaron cruelmente el abuso que habian hecho de su pasagero poder.

Durante nueve años permanecieron en la Siberia, sujetos bajo los mas duros tratamientos, hasta que llegó un dia en que se les comunicó la órden de su perdon.

Todos abandonaron el país de su destierro, pero fué para espirar en los mas horribles tormentos.

En un mismo dia y reunidos tambien en un mismo cadalso, padre, tio, hijo y sobrino fueron enrodados vivos, en presencia los unos de los otros.

Biron, duque de Curlandia, habia sido el favorito de Ana.

Al fallecimiento de esta princesa, que dejaba por heredero de su corona á Juan VI, á la sazón casi recién nacido, el orgulloso duque, siguiendo el ejemplo de Mentschikoff, llegó á ser regente; se entregó como él á toda clase de locuras autorizadas con su atrevido poder, y rodó por tierra igualmente como él.

El célebre general Munich á quien él habia rehusado dar el título de generalísimo de las tropas de mar y tierra, obtuvo la órden de prenderle y le envió á Siberia á una prision edificada espresamente para él, y de la cual quiso hacer el mismo Munich el plano.

El poder de este último fué muy corto, y cuando Isabel subió al trono, á consecuencia de la conspiracion de que vamos á hablar, fué condenado con otros personajes importantes á ser enrodado vivo.

Conducidos al pié del cadalso, estos desgraciados no esperaban mas que la muerte, cuando una órden de la Czarina (1) vino á permutar la pena en un destierro perpétuo en la Siberia.

(1) Nombre de la esposa del Czar de Moscovia, soberano de la Rusia; ó de la princesa, que es soberana por sí.

En el mismo instante, Biron consiguió ser conducido á una fortaleza donde su cautiverio debia ser menos riguroso.

Munich fué quien le reemplazó en la Siberia y en la prision que el odio hácia su enemigo habia hecho edificar; pero la casualidad quiso, segun dicen, que en el mismo instante en que uno salia de la prision el otro era conducido á ella.

Los dos rivales se encontraron frente á frente en el estrecho camino que recorrian.

Habia entonces en la corte de Rusia un hombre que, sin ser noble, habia gozado de buena fama y reputacion en el reinado de Pedro I.

Era Lestocq, ó Juan Herman Estocq.

Habia nacido en Hanover, descendiente de una familia francesa, y se habia refugiado en Rusia á causa de un proceso.

Dotado de un carácter poco constante, y aventurero, habia ido á la edad de diez y seis años á probar fortuna en Rusia.

Llegó á ser el cirujano de Pedro I; despues, por uno de esos cambios tan repentinos que se veian entre esos dueños y señores, cayó de la gracia del soberano y fué desterrado á Kasan.

En 1725, Catalina le hizo venir y le colocó al lado de Isabel, hija de Pedro I, en clase de cirujano.

Logró fácilmente la confianza de una mujer aturdida como él y petulante en sus caprichos; pero indolente para todo lo que no era placer, y de unas costumbres y una vida licenciosa que estaban lejos de no poderse tachar.

Despertando la ambicion de la princesa, la hizo entrar en una conspiracion, cuyo fin era colocarla en el trono en el lugar que ocupaba Juan VI.

Los numerosos ejemplos en la historia de este pais y los triunfos obtenidos en veinte conspiraciones semejantes, la animaron á ello; pero las medidas estaban tomadas con tan poco sigilo, que todos los miembros de la familia imperial sabian la existencia de la trama.

Isabel habia hecho partícipes de ella á sus amantes y á sus amigos.

Acto continuo la emperatriz regente hizo llamar á Isabel y la pidió esplicaciones sobre los rumores que circulaban.

Esta, como verdadera hija de Pedro I, recobró su valor en una si-

tuacion tan peligrosa, y cuando la emperatriz acabó de hablar, la dijo:

—Basta, señora..... ¡Esas son calumnias que ofenden mi fidelidad hácia el emperador!... ¿No basta que mis enemigos manchen mi reputacion y me imputen toda clase de desórdenes que pueden deshonrar á una mujer?... Sin embargo..... ved, señora, si no soy yo la mas inconsecuente, la mas frívola de todas las mujeres de este reino... ¿En qué paso mi vida?..... Amo el lujo, la ostentacion, las reuniones ruidosas..... soy rica, no sé ni una palabra de los secretos del estado..... y los que me rodean tratan de acomodarse al buen humor de que disfruto.

—Ese cirujano francés,—repuso la emperatriz,—ese Lestocq que os sitia con sus consejos ¿no es vuestro instructor y de quien os valeis, por pura necesidad, para aprender el camino que conduce al trono?

—¡Infeliz!... ¿Lestocq?... ¡Pobre hombre!...—la dijo Isabel aparentando sorpresa.—¡El, que no se ocupa mas que en hacerme traer de Francia nuevos aderezos..... y en arreglar mis viajes y paseos!... ¡¡Lestocq!... Muy bien, señora.... Ved hasta donde llega el rencor de mis enemigos... Porque ese fiel servidor me distrae, porque satisface todos mis caprichos, porque le amo, en fin... ¡quieren alejarle de mi lado!... Sea... es un sacrificio que me imponen... pues bien, señora... se lo haré á V. M.

Isabel fingió esta declaracion con tanto talento y tanta naturalidad, apoyó lo que decia con una sonrisa tan seductora, con lágrimas tan elocuentes, que la emperatriz se retiró convencida y respondió á sus consejeros:

—Isabel jamás ha conspirado, no piensa mas que en divertirse... En cuanto á Lestocq, es un juguete en manos de su dama.

Isabel acaso se tranquilizaria al salir airosa de su empresa; pero no le sucedió lo mismo á Lestocq.

Semejantes caracteres son de una vivacidad indecible y tratan de someterse por mil medios á un régimen de vida que anticipadamente se han trazado.

—Será muy posible,—decia Lestocq,—que la desconfianza de la emperatriz se encuentre adormecida; pero mi prudencia me hace ve-

lar.... Un conspirador sospechoso está descubierto á medias.... y pues que en este momento nada sospechan de mí, en este mismo instante es cuando conviene trabajar.

Acto continuo vuela á casa de Isabel, y la encuentra ocupada en los preparativos de una nueva fiesta, completamente satisfecha del resultado de su entrevista con la emperatriz.

Al verle, se sonrió y tendiéndole la mano le dijo:

—Lestocq, hoy he salvado todo cuanto poseeis; así pues, reine entre nosotros la mas completa alegría.

—Señora,—la dijo el confidente,—vos no habeis salvado cosa alguna absolutamente nada... Creéis que no se trata mas que de perder un trono y teneis bastante filosofía para resignaros á ello; pero mi filosofía no llega hasta poder hacer frente á las consecuencias de vuestra indiscrecion... Si han sospechado de vos, á mí me juzgarán; si vos habeis sido reprendida, yo seré condenado; y en fin, si vos sois desterrada, yo seré quemado vivo.

Isabel trocó su sonrisa en una alegre carcajada.

—A Dios gracias,—dijo ella,—no ha sido nada... y podemos vivir tranquilos.

—Olvidais una cosa, señora. No solamente habeis hablado, sino que habeis escrito; no solamente habeis sido denunciada, sino que sereis convicta y confesa. Vamos, señora, es preciso que hoy juguemos el todo por el todo.

—¡Qué decís!... ¿Aun no se ha terminado este asunto?

—Ahora empieza... escuchadme. Os han acusado, y vos, señora, sonreís; pero yo sé lo que me aguarda. Por eso quiero que dividais conmigo lo que me depare mi buena ó mi mala estrella... De nosotros dos es la trama, para nosotros dos serán sus resultados. Ahora, señora, como verdadero nigromántico os haré ver los destinos que nos están reservados.

Tomó una pluma y trazó á un lado una corona, y en otro una rueda en un cadalso.

—Escoged—la dijo.

—¿Qué quereis decir?—le contestó Isabel, fuera de sí.—¡Un trono y un suplicio!...

—Sí, señora... esta noche, si quereis, os ofrezco la mano para su-

bir á uno... Mañana, si no quereis seguir mis consejos, subiremos los dos al otro.

Isabel miró fijamente al hombre que se atrevia á hablarla así.

—Es irrevocable... —dijo Lestocq.

Entonces, la jóven hija de Pedro el Grande prescindió de su indolencia y montó á caballo.

Lestocq habia trazado de antemano el plan completo de la insurreccion y trataba de trocar en una hora la suerte del imperio.

Isabel se dirige acto continuo al cuartel del regimiento de Preobranski, defensor de su causa.

Arenga á los soldados y se dirigen sin titubear ni un solo instante hácia el palacio, habitado por el regente, por su esposa y el jóven emperador.

Los dos primeros fueron hechos prisioneros; inmediatamente la ciudad se rinde; se entrega á discrecion, y las principales posiciones se ven ocupadas por las tropas.

En efecto, Isabel es emperátriz; pero no le falta mas que la consagracion hereditaria de esta usurpacion que nadie ha tenido tiempo de prever.

Pero para que herede el trono es preciso que el emperador haya muerto; y el emperador, de edad de quince meses, duerme tranquilamente en su cuna de púrpura.

Isabel penetra en la régia estancia, y descorre las colgaduras de la cama.

Su arrugado entrecejo revela la preocupacion de esa feroz ambicion; fiebre, cuyos accesos ciegan y enloquecen.

Detrás de la usurpadora se presentan, con espada desnuda, ó con puñal en mano, aquellos *fieles caballeros* que han derribado el trono en el espacio de algunos minutos.

Como Isabel, tambien los caballeros miran al niño, y le rodean, dispuestos á degollarle á la mas mínima señal.

Isabel, inmóvil ante él, duda; y el regio niño, á quien habian acostumbrado á hacerse besar la mano, la presenta sonriéndose á su enemiga, quien se encuentra desarmada con semejante manifestacion y le concede la vida.

Aunque condenado á un encierro perpétuo, le estaba reservada á

esta criatura una muerte, mas horrorosa aun que la que debió sufrir en su mas tierna edad.

En 1741, fué cuando Isabel subió al trono, conquistado por la audacia de Lestocq.

Uno de sus primeros actos fué declarar que durante su reinado nadie seria sentenciado á la pena de muerte; pero la Siberia existia como siempre, y muy en breve Lestocq debia apereibirse de ello, aunque antes que él, una tentativa de conspiracion facilitó á los rusos la ocasion de saber lo que significaban la declaracion de Isabel y su pretendida clemencia.

A los conspiradores de dicha trama que fueron descubiertos, se les sentenció á recibir el knout, á cortarles la lengua y á ser transportados á Siberia.

Entre ellos se encontraba una mujer, célebre por su belleza, cuyo título y nombre eran la princesa Laponkin.

Isabel, celosa de la hermosura de esa mujer, la hizo tratar con mucha mas crueldad que al resto de los conspiradores.

A esa desgraciada que hasta entonces habia pasado toda su vida en el lujo y la ostentacion, y que solo de esto se ocupaba, la sorprenden en su palacio, y la conducen á la plaza de las ejecuciones.

Allí, en presencia del inmenso gentío que la rodeaba, la hicieron pedazos su vestido; la descubrieron el pecho; uno de los verdugos la cogió violentamente por los brazos; se la echó á su espalda; la volvió hácia atrás; se inclinó y espuso su pesada y triste carga á los golpes de otro verdugo.

Este se adelanta, armado con un látigo de largas y anchas correas de cuero, cuyas estremidades habian sido empapadas en leche y vueltas á secar para que fuesen mas cortantes.

Azota sin piedad, desde el cuello hasta la cintura, el delicado cuerpo de la desgraciada que en breve no era otra cosa sino un calado de girones ensangrentados.

Terminada esta fatal ceremonia, se la arrancó la lengua y se la envió á Siberia.

Sin embargo, Isabel se habia mostrado mas compasiva que sus predecesores, porque habia suprimido el suplicio de la rueda, el de la barra de hierro por los hijares, el de ser enganchado por

las costillas, y tambien el de enterrar vivas á las mujeres homicidas.

Lestocq, por su ligereza en tratar los negocios y por la importancia que supo conquistarse, se creó muy en breve peligrosos enemigos en la corte.

El mayor de todos y el mas poderoso fué Bestuchef, primer ministro, que poseia entonces toda la confianza de la emperatriz.

Bestuchef hizo condenar á Lestocq por haber aceptado, con anuencia de Isabel, una cantidad de manos de un extranjero muy rico, que habia ayudado á colocar la corona en la cabeza de la emperatriz.

Ante sus jueces Lestocq mostró firmeza, ánimo y orgullo.

Exigiéndole Bestuchef que apreciase el valor de aquella suma:

—No lo sé,—le contestó sonriéndose á medias;—lo he olvidado, pero podeis preguntárselo á la emperatriz.

Su esposa y él perdieron todos sus bienes y fueron enviados á Siberia.

Isabel le libró de la pena del knout.

El marido y la esposa fueron encerrados en diferentes sitios, negándoles al mismo tiempo el permiso de poderse escribir mutuamente.

Se les asignaron doce libras cada dia para su manutencion; pero el oficial, encargado de vigilarles, no les entregaba cantidad ninguna, y por consiguiente, los dejaba espuestos á una miseria desastrosa.

La habitacion de Mad. Lestocq consistia en un solo cuarto adornado con algunas sillas, una mesa, una estufa y una cama sin cortinajes, compuesta de un jergon y de una manta.

Las sábanas de su desgraciado lecho no se mudaron dos veces en el espacio de un año, y estaba vigilada por cuatro soldados que dormian en su mismo aposento.

Esta desgraciada, despojada de cuanto poseia, procedente de una familia distinguida de Livonia y antigua dama de honor de la emperatriz, se veia obligada á solicitar que los soldados jugasen con ella á los naipes, con la sola esperanza de poder ganar algunos sueldos.

Un dia, á consecuencia de las reconvenciones algo duras quizás que dirigió al primer oficial de la guardia, este infame se acercó á ella y la escupió en el rostro.

Entre tanto, Lestocq se paseaba de calabozo en calabozo.

Por último, los dos esposos consiguieron estar reunidos en una misma prision.

Era esta una especie de fortaleza, y de ella un pequeño jardin y varias habitaciones fueron puestas á disposicion de aquellos.

Mad. Lestocq era la que traia el agua, amasaba el pan, hacia la cerveza y lavaba la ropa.

El destierro de ambos duró catorce años.

Pedro III, el desgraciado esposo de Catalina II, les hizo volver á San Petersburgo, é inmediatamente entró Lestocq en posesion de sus titulos y de su palacio; pero sus muebles y sus alhajas habian sido presa de sus enemigos, quienes, dividiéndoselos entre sí, habian adornado con ellas sus estancias.

A esta época era ya septuagenario, y con el traje de Mougik (1), es decir, cubierto con una piel de carnero, el infeliz anciano volvió á ver la ciudad en que habia dispuesto de una corona.

Acogido en la corte por Pedro III, hablaba libremente de su destierro y de los males que habia sufrido en él.

Advirtiéronle los amigos su imprudencia y el peligro á que estaba espuesto; pero no hizo caso alguno.

Habia obtenido ya del emperador una pension de 7000 rublos (2), cuando un dia, quejándose de haber sido despojado de sus alhajas y de sus muebles, y demostrando sumo disgusto al ver á los raptores ostentar orgullosamente sus despojos á su vista, le dijo Pedro III sonriéndose:

—Pues bien..... os autorizo para llevaros todo lo que reconozcais que puede haberos pertenecido, en cualquiera parte donde lo encontréis, aunque sea en mi palacio.

Lestocq tomó por lo sério este permiso, y mas de una vez se le vió en los palacios de los nobles señalar como suyos muebles y cuadros, y hacerlos llevar á su casa, á pesar de las reclamaciones de sus nuevos poseedores.

Esto dió lugar á varios escándalos; pero con ellos Lestocq divertia en alto grado á su soberano y señor Pedro III.

A consecuencia del relato de una de estas aventuras, el anciano se

(1) Labrador, aldeano, lugareño, hombre del campo.

(2) Moneda rusa. El valor de cada rublo es de 12 reales vellon.

aprovechó del buen humor de su dueño, y recordando con habilidad la costumbre que habia adquirido de hablar de todas las cosas con una libertad que se estrañaba en la corte, añadió con voz conmovida:

—Mis enemigos no dejarán de aprovecharse de la mas mínima ocasion para enemistarme con V. M.; pero yo espero que dejareis chochar y morir tranquilamente á un anciano á quien no le quedan ya mas que algunos dias de vida.

En efecto, Lestocq, que hácia los últimos dias de su vida habia cesado de frecuentar la corte, murió en su lecho en 1767, diciendo:

—¡Morir es muy fácil... cuando se ha vivido en Siberia!...

Uno de los primeros actos del reinado de Pedro III que sucedió en 1761 á su tia Isabel, fué perdonar á los desterrados á Siberia; es decir, á los personajes influyentes por su importancia y nacimiento.

Entre ellos se encontraban Munich y Biron, esos implacables rivales en quienes ni la edad ni la desgracia habian podido extinguir el odio mútuo que se profesaban.

La primera vez que volvieron á verse despues de un largo cautiverio, no fué como en otro tiempo á las puertas de una prision, sino en medio de la corte, en los salones llenos de cortesanos, y en presencia del emperador.

Este los llamó y quiso que bebiesen juntos.

Trajeron tres vasos.

Pedro tomó uno; hizo una señal á los dos ancianos para que le imitasen, y obedecieron sin hablar, fijos sus ojos en los de su dueño y señor.

En este instante, se acercó una persona al emperador y le habló al oido; Pedro III, distraido por esta interrupcion, se dió prisa en apurar su vaso y salió precipitadamente para dar una órden.

Los dos rivales quedaron inmóviles y mudos en presencia el uno del otro; y por un movimiento espontáneo, dirigieron su vista hácia la puerta por la cual habia desaparecido el emperador.

Algunos instantes despues, un mismo pensamiento les convenció de que Pedro III los habia echado en olvido; y entonces, dirigiendo su vista con fiereza el uno sobre el otro, se cruzaron sus miradas con

una espresion de odio y de amenaza, dejando los vasos llenos y volviéndose las espaldas.

Tambien habia vuelto con ellos la desgraciada princesa Laponkin, despues de un cautiverio de diez y ocho años ; y aunque se conservaba hermosa, no hizo mas que aparecer en la corte, porque cuando queria tartamudear algunas palabras, recordaba el horrible suplicio impuesto por Isabel.

Solo bajo secreto y con mucho misterio, estos desgraciados podian contar á aquellos de sus amigos que vivian aun, lo que habian sufrido en la Siberia.

Uno de ellos, Golovkin, que habia gozado en el reinado precedente de cierto favor instantáneo, habia sido trasportado con su esposa á la estremidad asiática del imperio, y encerrados en un calabozo bajo la vigilancia de un carcelero, que tenia orden de no perderlos de vista.

El pesar mató á su esposa en sus brazos, y mostrándole el cadáver al carcelero, este le respondió :

—Las órdenes que tengo son de no dejar entrar ni salir nada, ni á nadie.

Durante algunos meses, el cadáver permaneció con el prisionero en el mismo calabozo, hasta que llegó la orden de San Petersburgo para que se sacase de allí y se le diese sepultura.

Hasta ahora hemos visto que el destierro en Siberia era la consecuencia continua y natural del favor y del crédito.

Hubo un hombre, para quien ese destierro llegó á ser un manantial de fortuna.

Este hombre era Gregorio Orloff, gefe de esa familia tan célebre por su elevado rango y por sus crímenes, y nieto de un oscuro soldado de los Strelitz.

Edecan del gran mestre de artillería, Gregorio Orloff habia sabido granjearse la voluntad de la princesa Kourakin, dama de aquél.

Los amantes fueron engañados alevosamente y Orloff sentenciado á ir á Siberia á reflexionar sobre las consecuencias de su dicha, cuando el relato de esta aventura llegó á oídos de la emperatriz Catalina II, quien se creyó vencedora y se vanagloriaba por haberle quitado ese amante á la hermosa Kourakin.

Orloff tenia cuatro hermanos, y todos cuatro eran soldados como él.

De acuerdo con Catalina, conspiraron contra la vida de Pedro III, y como todo el mundo sabe, Alejo Orloff, uno de los hermanos, y otro sugeto llamado Feplof, fueron los que asesinaron al desgraciado príncipe, seis dias despues de haber abdicado.

Con este famoso crimen, dió principio el reinado de la inolvidable Catalina II.

Inmediatamente despues de subir al trono, anuló el edicto dado por Isabel, en que prohibia la aplicacion de la pena de muerte. En los primeros años de su reinado tuvo que contener diversas conspiraciones, cuyos principales autores fueron enviados á Siberia; y siguiendo el uso ordinario en esta corte, se añadió al número de ellos los que habian tenido parte en la elevacion de la emperatriz al trono.

Despues que ella misma habia conquistado el poder por medio de una conspiracion y de un asesinato, le irritaban en extremo las maquinaciones tramadas contra ella, y puso en juego para impedirlo los medios mas odiosos de tiranía.

En esta misma época, cuando el imperio se encontraba bajo el terror de espías civiles y militares, cuando el secreto de las cartas era violado, cuando la correspondencia de las potencias extranjeras no se respetaba; en una palabra, cuando se practicaba todo aquello que la desconfianza de una mujer recelosa, escitada por los numerosos favoritos que se sucedian rápidamente, puede imaginar de deshonroso para sus vasallos, Catalina blasonaba en apariencia de los principios de libertad y filosofia.

Pensionó á los sabios y á los escritores; compró la biblioteca de Diderot y la hizo venir á su corte; tuvo correspondencia con Voltaire y le propuso á Alembert que viniese á continuar en su capital la impresion de la Enciclopedia, paralizada en París por la censura de la Sorbona.

En los desiertos de la Siberia y en el interior de sus minas perecian muchos desgraciados, que no solo ignoraban el crimen que no habian cometido, sino tambien el pretesto dado á su destierro; pero el nombre de la emperatriz figuraba en primera línea en las listas de suscripciones abiertas en favor de los Calas y de los Sirven.

En carta particular á Voltaire puso esta frase sentimental, que, aunque escrita por su mano y dicha por su boca, no era mas que una farsa odiosa y repugnante.

*Poco importa dar á el prójimo un poco de lo que se tiene en demasia; con tal de inmortalizarse, siendo abogado del género humano y defensor de la inocencia oprimida.*

Sin embargo, algunas veces los instintos de generosidad abrian paso en su alma ardiente.

Un jóven oficial llamado Tschoglokoff, pariente del difunto Czar, habia intentado asesinarla; contentóse con desterrarle á Siberia, y mas tarde admitió entre sus damas de honor á la hija de aquel oficial.

En los asuntos de Polonia, el obispo de Cracovia y otros principales personajes fueron enviados por seis años á Siberia, *por haber faltado con su conducta á la dignidad de la Czarina.*

Segun parece, no habian sido del mismo parecer respecto á la dieta.

En época anterior habian aparecido sucesivamente algunos intrigantes, que dándose el nombre de Demetrius, quisieron hacerse pasar por este infortunado príncipe.

Aun viviendo Catalina, un simple cosaco se hizo pasar por el desgraciado Pedro III, y obtuvo grandes triunfos puesto á la cabeza de los cosacos de Jaik, que se habian sublevado.

Jemelian ó Jemelka Pugatscheff, que así se llamaba, reunió bajo su mando un numeroso ejército, al cual se agregaron tambien algunos desgraciados de las minas, y por momentos tan solo hizo temblar á Catalina en su régio asiento.

Habia hecho acuñar monedas con su busto, donde se leian estas palabras:

*Pedro III, emperador de todas las Rusias.*

Y en el reverso esta inscripcion:

*Redivivus et ultor.*

Desde 1773 hasta 1775 representó su papel con bastante éxito; pero vencido en una batalla decisiva, la traicion de tres de sus tenientes lo entregó á la emperatriz.

Fué conducido á Moscou en una jaula de hierro; sentenciado á cor-

tarle las manos y los piés con un hacha; y despues de ser espuesto en este estado á la vindicta pública, á descuartizarle vivo.

Este horroroso suplicio no le fué impuesto, y todo el mundo prorumpió en alabanzas felicitando á Catalina por su clemencia; pero el verdugo, que se habia permitido este acto de humanidad, cuyo honor era solo para la princesa, fué castigado con crueldad.

Desapareció de repente, y se supo mas tarde que, despues de haber recibido la pena del Knont, le cortaron la lengua y lo enviaron á Siberia.

¡En nuestros dias no podemos citar un ejemplo análogo, ni aun parecido!

Un jóven poeta, exaltado por los honores que el emperador Nicolás habia tributado á la memoria de Pouskire, célebre poeta tambien, muerto en duelo hace algunos años, se atrevió á dirigir una oda patriótica á su dueño y señor, en la cual le daba las gracias y le felicitaba por haberse hecho protector de las artes; añadiendo á esto algunos sueños magnánimos, creados por su loca fantasía sobre el destino de su patria.

¡¡La patria de un ruso!!...

Por recompensa, el jóven poeta recibió secretamente la orden de ir á continuar su carrera poética á los alrededores del Cáucaso, sinónimo dulcificado de la Siberia.

La sublevacion de Pugatscheff habia sido la causa de la interrupcion del comercio y de la explotacion de las minas de Siberia.

Mas de doscientas cincuenta aldeas y un gran número de ciudades habian desaparecido; pero fueron enviados á Siberia nueva remesa de reclutas, y los trabajos volvieron á seguir su curso ordinario.

Antes de Pugatscheff, cinco impostores mas habian representado ese mismo papel, pero con menos éxito y con muchos menos triunfos.

Hácia la misma época, fué cuando Orloff, despues de haber ejercido por largo tiempo el poder en nombre de su régia dama, se vió reemplazado por otro favorito mas favorito y mas favorecido y afortunado que él, y que á su vez debia legar á la historia un nombre célebre y conocido.

Este favorito se llamaba Potemkin (1).

(1) Pronúnciese Patiomequin.

Su influencia con la emperatriz como hombre político, fué grande y á veces muy desastrosa para los pueblos de esas desgraciadas regiones.

Codicioso de honores y de riquezas, llegó al fin que se habia propuesto, arrastrando á Catalina á expediciones ruinosas y sangrientas, que costaron la vida á muchos millares de soldados.

Considerablemente disminuido en la guerra con los turcos el ejército ruso, reclutó á un buen número de desterrados de la Siberia.

En Rusia tuvo su origen la revolucion francesa.

La emperatriz, al recibir la noticia del arresto y del suplicio de Luis XVI, fué acometida de accesos, de convulsiones, de rabia; y todos aquellos que por sospechas abrigaban ideas liberales, desaparecieron en las prisiones ó fueron desterrados.

A cada crisis de la revolucion francesa, Catalina y sus ministros emprendian de nuevo sus persecuciones contra los desgraciados que trataban de hacer sombra á su tiranía.

Se exigia á los franceses establecidos en Rusia un juramento contra-revolucionario, que hubiese sido ridículo si no hubiese tenido terribles consecuencias.

Por último, las familias eran perseguidas de muerte por sus mismas familias.

El hecho que vamos á citar, aunque parece estraño, justifica lo que acabamos de decir.

Cuando en Francia el nombre de Marat era una especie de patrimonio público, cuando las calles, las secciones y aun algunos patriotas exagerados se apoderaban de él como de un título glorioso, un hermano del mismo Marat, ayo de los hijos del gentilhomme de cámara Sotskoff, trocaba ese nombre glorioso en demasía con el de Boudri, para verse libre de persecuciones.

Los escritores del reinado de Catalina suministraron su contingente de víctimas á las minas.

Niemcewicz y Radischeff, el uno polonés y el otro ruso, fueron enviados á Siberia; y una princesa Daschkow, *presidenta* de la academia, cayó del poder por dos versos de tragedia, dirigidos contra la *todo-poderosa* y contra la moralidad de los soberanos.

Finalmente, una traducción de Poffendorf sufrió correcciones y supresiones, que el mismo Pedro el Grande en otro tiempo encontraba injustas y ridículas; y el autor de este estúpido rigor era la mujer que sentaba como principio de administración esta máxima:

*Vivir, y dejar escribir.*

Ya hemos citado mas arriba el ejemplo del poeta, castigado por augurar demasiado bien de los sentimientos del emperador Nicolás; pero ved aquí, sin embargo, un ejemplo mas atroz de despotismo, dado por Pablo I, padre de ese mismo Nicolás.

La elevación de Pablo al trono dió principio con notables mejoras y con sabias y acertadas medidas; aunque á las buenas intenciones realizadas ya por el emperador, el agradecimiento público tuvo por conveniente añadir otras.

Se esparció el rumor por la ciudad de que el gobierno pensaba en fin en mejorar la suerte de los aldeanos; pero este proyecto, que se habia tratado de realizar en tiempo de Catalina, habia quedado sin ejecución, como otros muchos.

Se decia tambien que iba á publicarse un Ucase (1), poniendo término al poder ilimitado de los dueños y señores contra los siervos y esclavos.

Un jóven oficial, que en su entusiasmo se habia constituido pregonero activo de esta noticia, fué preso de repente.

Por este hecho fué condenado á muerte por el senado de San Petersburgo; y este desgraciado debió sufrir primero la degradación; en seguida el knout; y por último fué sentenciado para toda su vida á los trabajos forzados de las minas, en caso de que sobreviviese al suplicio del knout.

El fallo fué confirmado por Pablo I.

Esta fué la primera sentencia, á la cual se dió la publicidad de un Ucase, y los rusos debian dárse con ella por advertidos.

Desde este momento, Pablo I se entregó á toda clase de exageraciones, hijas de una imaginación caprichosa y extravagante como la suya.

(1) Edicto expedido por el soberano de Rusia.

Los castigos imprevistos se sucedían á las recompensas sin motivo; y en breve no hubo nadie en el imperio que se creyese seguro de su tranquilidad y condicion.

Cuestiones meramente de etiqueta comentadas por ellos, fueron las causas de castigos los mas atroces.

Doce poloneses, por haber faltado *al respeto y á la fidelidad jurada á S. M. moscovita*; es decir, por no haber sido pródigos en sus saludos, fueron sentenciados á perder la nariz y las orejas y á pasar el resto de sus dias en lo interior de la Siberia.

Algun tiempo antes, habíase visto á Pablo I reunir con cierta gravedad un consejo de caballeros en las caballerizas mismas de su palacio y hacer que ellos mismos sentenciasen á un caballo á que recibiese cuarenta golpes de *varilla*, por el crimen de haber tropezado con él.

Bajo el reinado de su sucesor Alejandro, se hicieron algunas tentativas para mejorar la suerte de los siervos; pero en breve fueron abandonadas, porque las guerras con Napoleón y con la Francia ocupaban la atención del emperador.

En este reinado hubo algunos desterrados á Siberia; pero no se vió ya, como en el siglo anterior, ese gran número de personajes importantes que pasaban inmediatamente del rango mas elevado y gozando de gran favor en la corte, á las mas miserables condiciones y sujetos á sufrir todos los tormentos del destierro.

Sin embargo, aun hubo algunos, y entre ellos uno de los ministros de Alejandro, que, saliendo del gabinete del emperador, quien le habia hablado con singular afabilidad, fué sorprendido por un Feldjäger (1), que, sin dejarle entrar en su palacio, le condujo en derecha á Siberia.

Entre los infelices que durante este reinado fueron sentenciados á ese destierro, hubo un gran número de poloneses.

Le estaba reservado al emperador Nicolás inaugurar su reinado con esta clase de ejecuciones, cuyas víctimas viven hoy dia en el interior de la Siberia.

A la muerte del emperador Alejandro, Nicolás subió al trono, á

(1) Especie de carcelero ambulante.

consecuencia de la abdicacion hecha por su hermano el gran duque Constantino.

Estalló una violenta revolucion.

Tambien era una especie de motin de cuartel, semejante á los que en el siglo precedente se habian visto varias veces coronados del mas completo éxito.

Esta vez el resultado fué muy distinto.

Al recibir la noticia de la revolucion, el nuevo emperador y su esposa bajaron á la capilla; y allí, solos y en presencia de Dios, se juraron el uno al otro morir como soberanos, en caso de no quedar como dueños y señores de la revolucion.

Acto continuo levantóse el emperador; abrazó á su esposa; hizo la señal de la cruz y se presentó en medio de la plaza, frente á frente de los regimientos revolucionados.

A su vista, comenzaron á gritar y entró en las filas el desorden.

El momento era decisivo.

Nicolás se dirige sin vacilar á los soldados, intimándoles que volviesen á sus filas.

Obedecieron y despues, en el instante mismo de pasar revista á los regimientos, el príncipe, con ronca voz y centelleantes ojos, les dijo á los revolucionados, medio vencidos ya con sus miradas:

—¡De rodillas!....

Todos doblaron su cerviz y sus rodillas.

El motin habia terminado.

Los jefes que se hallaban ocultos no se atrevieron á presentarse y los soldados se dejaron diezmar.

Nicolás volvió al lado de la emperatriz; y á su vista, esta mujer, que no esperaba verle mas, le abrazó sin proferir una palabra.

Entonces, el emperador á su vez se sintió desfallecer; su valor parecia abandonarle y cayó en brazos de uno de sus servidores, diciéndole:

—¡Qué principio de reinado!....

La emperatriz, á consecuencia de esta terrible escena, adquirió, como recuerdo de ella, un temblor nervioso en la cabeza, el cual le duró siempre hasta la hora de su muerte.

La emperatriz Alejandra Fœdorowna, esposa de Nicolás y madre

del emperador actual de todas las Rusias, falleció en Niza, ciudad marítima del Piamonte, el año de 1860.

Cuando Nicolás puso término al motin de que acabamos de hablar, llovieron los castigos.

El destierro de la Siberia se encargó de castigar á los soldados, y los mas culpables fueron ahorcados inmediatamente.

El príncipe Fronbetzkvi, jóven aun y uno de los jefes de la trama, que, viéndola frustrada, habia venido á toda prisa al estado mayor á prestar juramento al nuevo emperador, se sintió desfallecer en varias ocasiones; se refugió inmediatamente en el palacio del ministro de Austria, donde el conde de Nesselrode le hizo reclamar por orden del emperador; fué condenado á pasar catorce años en los trabajos forzados del interior de las minas del Oural, y el resto de su vida en una de las colonias de la Siberia, poblada por malhechores.

Su esposa, hija de una familia muy distinguida, consiguió á fuerza de súplicas ir con el príncipe á las minas de Siberia.

Por último, los dos esposos se pusieron en camino.

¡El simple viaje es un suplicio, en el cual sucumbe mas de un sentenciado!

Los sentenciados, bajo la vigilancia de un Feldjäger, son trasportados en una Telega (1).

Así, caminando con la rapidez del relámpago sobre rodillos ó travesañes de madera, siendo el piso en donde giran dichos travesañes los mismos caminos durante una travesía de centenares de leguas, no tiene nada de extraño que mas de una vez se hagan pedazos por los traqueos que reciben.

¡Júzguese del estado de los viajeros en ese clima helado y en semejante travesía!.....

Finalmente, llegaron ambos y descendieron á su tumba.

La esposa fué constante hasta el fin en tan sublime sacrificio.

En San Petersburgo, en su palacio, en medio de los gozes que proporciona la riqueza, los dos esposos habian vivido friamente y sin apariencias de amor.

La desgracia consiguió reunirlos.

(1) Especie de pequeña carreta descubierta y sin muelles.

La princesa pasó sus catorce años en las minas con su marido, viviendo como puede vivir un esclavo.

El noble sentenciado pasaba el día en cavar la tierra en compañía de otros desgraciados, cuya vida, lenguaje y costumbres groseras, eran para los dos esposos otro nuevo suplicio.

En esta tumba, la princesa tuvo cinco hijos, es decir, cinco esclavos, porque los infelices sentenciados de las minas no son otra cosa sino unidades reunidas bajo un solo número, pertenecientes al emperador.

Al cabo de siete años de semejante existencia, creciendo los hijos en presencia de este nuevo castigo, que se acrecentaba cada día más, la desgraciada madre se atrevió á escribir á una persona de su familia que vivía en San Petersburgo, para que implorase la clemencia del emperador, no para ella, sí para sus hijos.

Pedia que le fuese permitido enviarlos á San Petersburgo, ó á cualquiera otra ciudad, con el fin de que fuesen educados convenientemente.

El emperador Nicolás respondió: —*Los forzados de galeras y los hijos de los forzados de galeras... saben siempre lo bastante.*

Siete años se pasaron de nuevo sin reclamacion alguna, y la princesa cumplió hasta el fin tan admirable sacrificio.

El tiempo de los trabajos forzados había espirado, y entonces comenzó para esta familia un suplicio peor aun que el de las minas.

Como todos los desterrados que se designan bajo el nombre irónico de *libres*, el príncipe, con su esposa y sus hijos, fué enviado á una de las estremidades mas remotas del desierto, elegida espresamente por el mismo emperador, en un sitio cuyo nombre no existe aun en los mapas ó cartas geográficas de la Rusia.

¡Esto es lo que se llama en estilo administrativo establecer una colonia!

Allí, á cien leguas de toda morada, en medio de las nieves eternas, de inmensos bosques, de pantanos helados; debían construir una cabaña, y buscarse lo necesario para su subsistencia y la de sus cinco hijos.

Echaban de menos su cavado agujero en lo interior de las minas, y la admiracion grosera y muda, pero sincera al menos, de los seres que les rodeaban.

Además, como esclavos y sentenciados, podían esperar que los ruegos de la princesa enternecieran el corazón del padre, como llaman en Rusia á su dueño y señor.

Sin confesárselo mutuamente, los dos esposos lo aguardaban; pero arrojados en lo interior de la Siberia, es decir, disfrutando de *mejor suerte*, el valor les faltó y el justo orgullo de la conciencia se estinguó por completo.

Los hijos estaban enfermos; no tenían auxilio alguno y era preciso vivir!

Razones eran bastantes para que la madre enviase por segunda vez á su familia una carta dirigida al emperador.

En esta carta pedía la vida de sus hijos, y además le demandaba el permiso para poder vivir cerca de una botica.

La proximidad á una de las ciudades que vejetan bajo ese suelo glacial, era un favor que no podía esperar.

Sin embargo, la desgraciada madre, tomando á Dios por testigo de su conducta, y dando á conocer su grandeza de alma, terminaba su misiva de este modo:

—Soy muy desgraciada! ... y sin embargo, si fuese posible volverlo á empezar, lo haría aun.

La carta llegó por fin á su destino.

Una persona de su familia se atrevió á hacer el sacrificio de presentar la carta al emperador.

Este la tomó, la leyó y dijo:

—¡Me estraña que se atrevan á hablarme de una familia, cuyo jefe ha conspirado contra mí!

Aquí dió fin este drama.

La familia del condenado es poderosa, frecuenta los bailes de la corte, y mas de uno de los miembros de dicha familia se pregunta inocentemente:

—¿Por qué no vuelve la princesa á San Petersburgo, puesto que ella no ha sido sentenciada?

El desenlace de este drama está en manos de Dios.

Estos desgraciados existen hoy quizás.... pero no el emperador.

Para probar la sangre fria que circulaba por las venas de dicho emperador y para dar una muestra de los buenos sentimientos de que

estaba dotado, diremos que cuando Nicolás hizo su viaje á Inglaterra, algunos poloneses fugitivos, de cuyo número está poblada una gran parte de los desiertos de la Siberia, ó espian en lo interior de las minas la audacia de haber querido ser libres, le vieron transitar por las calles de Londres..... ¡riéndose y en completa tranquilidad!.....

Bajo el reinado de Pablo I, Kotzebue fué enviado á Siberia; y lo que la razon, la justicia de su causa y sus reclamaciones no pudieron obtener, una mala obra de teatro (1), una simple adulacion grosera, lo consiguió.

Tambien tuvo lugar á últimos del reinado de este mismo príncipe un gran acontecimiento que llegó á popularizarse en Francia, por medio de una novela.

Mad. Cottin (2) narra el arrojó y sacrificio de una jóven, que se atrevió á ir á pié á San Petersburgo, á implorar el perdon de su padre desterrado á Siberia, y que por último lo consiguió.

Despues de Mad. Cottin, el conde Janier de Mavitre ha hecho de esta aventura un relato mas verdadero y no menos interesante.

El verdadero nombre de esta heroína era Prascovie Loupouloff, hija de una familia noble de Ukraine; su padre establecido en Rusia, habia servido con valor y heroismo bajo las órdenes del emperador.

Se cree que fué deportado á Siberia, á causa de una insubordinacion.

Y decimos se cree, porque su proceso, lo mismo que la revision que fué hecha despues del arrojó y sacrificio de la hija, estaba secretamente instruido.

Vivió en Siberia durante unos quince años, en Jschim, ciudad situada en las fronteras del gobierno de Tobolsk, percibiendo para vivir con su familia diez kopecks (3) diarios, cantidad asignada á los sentenciados á quienes no se impone además la pena de trabajos públicos.

Despues de haber alcanzado, si no gracia, al menos justicia para su padre, la jóven Prascovie, que durante su piadoso viaje habia hecho voto de consagrarse á Dios si tenia buen éxito su empresa, entró en un

(1) El antiguo cochero de Pedro III.

(2) En su novela, titulada *Isabel*.

(3) El valor de cada kopeck, es de 6 maravedises próximamente.

convento, donde no tardó en morir, á consecuencia de una tísis causada por las fatigas que habia sufrido en su viaje.

¡El día de la libertad de su familia fué tambien el día de una separacion eterna!

Estos detalles eran necesarios, porque modifican algun tanto el desenlace, mucho mas satisfactorio, que Mad. Cottin dió á la novela de Isabel.

Hace algunos años, el hijo de un maestro de escuela llamado Guibal, fué sorprendido, preso y conducido á Siberia. ¿Por qué?..... Lo ignoraba y no lo pudo saber nunca.

Vivia en los alrededores de Ourembourg y quiso la casualidad que una cancion que habia compuesto en su destierro cayese en manos de un inspector.

Este se la llevó al gobernador, quien envió á su edecan para que se informase del nombre y de la posicion del desterrado.

Guibal logró interesar en su suerte al edecan de tal modo, que cuando volvió á ver á su jefe, le habló favorablemente acerca del coplero.

En breve fué perdonado, y volvió á su casa sin haber conocido el motivo de su arresto.

Para enumerar aun una pequeña parte de prisiones y destierros del mismo género, era necesario consagrar varios volúmenes y llenarlos, no de hechos ó de detalles, sino de nombres y de fechas; y aun con esto no se sabrian sino los casos mas notables, permitida su publicidad por los emperadores.

Toda la Rusia no es otra cosa mas que una vasta prision, donde, privados los hombres de toda espontaneidad, viven y mueren bajo el yugo de la obediencia absoluta, sin tener la conciencia de la libertad que les falta, como les acontece á los pájaros colocados bajo la máquina neumática.

En Rusia la policia es muda.

Las minas, las fortalezas y las prisiones submarinas de Cronstadt, están pobladas desde el reinado de Alejandro y aun desde mucho antes por hombres que no se conocen; cuya detencion no tiene causa conocida; y que por consiguiente, permanecen allí por no haber razon alguna para librarlos; pues como dice un ruso:

—Si se probase que habian hecho mal en prenderlos, esto constituiria una cuestion de decencia.

Despues del aspecto de semejante horroroso pais, ¿qué podrá decirse de la Siberia, es decir, del lugar donde son arrojados esos hombres reputados como indignos de la dicha de vivir en el imperio mismo?

Los raros ejemplos de algunas sentencias, cuyo misterio ha llegado hasta nosotros, son los motivos que existen para que se pueda juzgar de la suerte á que están sometidas millares de victimas olvidadas, que cada dia mueren para ser reemplazadas por otras.

Los escritores rusos ensalzan la buena suerte de algunos sentenciados que han llegado á conseguir una vida llevadera en el lugar de su destierro, á fuerza de industria y perseverancia.

Algunos han hecho suerte; pero estos ejemplos no se aplican ni á los desgraciados prisioneros de las minas, enterrados vivos en un terreno glacial; ni á aquellos á quienes se ha condenado á una soledad absoluta en toda la estension de la palabra, y sin relacion con el resto del mundo en los sitios mas desiertos de esa tierra, que toda ella no es mas que un desierto; ni á aquellos, en fin, sometidos á las mas rigurosas condiciones de un clima mortifero, escogido espresamente por el emperador ó por sus ministros.

Entre los desterrados repartidos como el ganado en ese árido terreno, se ven algunos encadenados.

El abate Chappe refiere en su viaje á Siberia que, queriendo hacer cavar la tierra á una profundidad de diez piés para reconocer hasta donde estaba helado, no pudiendo encontrar trabajadores, pidió al gobierno de Tobolsk algunos sentenciados.

Estos miserables no tenian mas que un sueldo diario para vivir.

El digno abate aumentó sus salarios; y con este dinero compraron aguardiente, embriagaron al guardia y se escaparon.

El mismo abate Chappe dice en su obra:

—Algunos dias despues, encontré los hierros de sus cadenas en el bosque.

Y mas adelante añade con la mayor sencillez:

—El gobierno, no habiendo juzgado oportuno enviarme nuevos trabajadores, me vi precisado á abandonar este trabajo.

Hé aquí lo que pueden despertar en el espíritu de un lector impar-

cial, las palabras *destierro en Siberia*, sobre las cuales giran como sobre un eje, las almas mas ó menos dóciles de sesenta millones de hombres.

¿No teníamos razon para decir al principio de esta historia que la Siberia hace las veces de una Inquisicion inventada por un hombre para un hombre?

Ocupémonos del detalle de esta Inquisicion, sin llevar mas lejos los comentarios.

Los sentenciados á Siberia están divididos naturalmente en dos clases: desterrados y forzados.

Para los primeros, ya sean príncipes, ya sean condenados protegidos, la pena consiste en una privacion de la patria, que no es una simple y sencilla privacion, como se verá, si el lector se toma la molestia de leer lo que vamos á narrar.

Despues del viaje desde la metrópoli al lugar del destierro, viaje tan penoso que muchas veces el sentenciado llega moribundo y muere en la primera semana de su llegada, se le designa una habitacion al desterrado; y como todos sus bienes han sido confiscados á beneficio del emperador, no posee absolutamente mas que la pension pagada por el príncipe, para atender con ella á las primeras necesidades.

De ordinario esta pension es mezquina, y no es suficiente nunca, bien sea por la codicia de los oficiales encargados de la custodia de los desterrados, ó por las continuas enfermedades que invaden al nuevo colono.

La Siberia es un país húmedo y helado á la vez.

Los ojos se ven invadidos de inflamaciones; los miembros se entorpecen y se adquieren tumores en las articulaciones.

Cada invierno el frio descende desde 36 hasta 40 grados.

En las estaciones menos rigurosas, que no nos atrevemos á llamar con los nombres de primavera ó de verano, pues esto seria manifestar ideas demasiado halagüeñas, las mejores comarcas, los inmensos pantanos, las inconmensurables selvas, forman al desterrado un vasto sepulcro, frio é implacable como la muerte misma.

Estos desterrados, que deben colonizar la Siberia, luchar contra los osos y el frio, que deben soportar el hambre, el viento del norte; estos desterrados, volvemos á repetir, á pesar de todo esto, no son libres.

Hay un celador que no los pierde de vista; les entrega la miserable

suma destinada á sufragar sus necesidades y les pone una cadena arrastrada á veces por el sentenciado.

Hemos visto prisioneros en Siberia, vigilados como lo podrian estar en la misma capital de la Rusia.

Hemos visto tambien á algunos ingeniosos perseguidores mandar construir prisiones, y para aumentar el tormento de sus víctimas, desterrarlos y encadenarlos á la vez.

Los forzados ó mineros agobiados por el palo de los jefes y sujetos á desempeñar tareas distribuidas sin inteligencia y sin humanidad, consumen su vida en las tinieblas y en una atmósfera constantemente viciada.

Un favor especial, y que el emperador no es pródigo en conceder, es permitir que se envíen á los sentenciados víveres y vestiduras.

Cuando los miserables han trabajado bien, cuando se encuentran suficientemente doblegados con los golpes recibidos por el celador, el emperador se atreve á usar de su clemencia; entonces cambia al minero en un *desterrado libre*, le envia á colonizar un rincon de ese mortal país y le permite ver el sol de la Siberia.

¡El sol de la Siberia!...

Muchos prisioneros franceses conquistados por los rusos, despues de las batallas de la campaña de 1812, ó rezagados en nuestras funestas retiradas, fueron enviados á poblar la Siberia.

Bien se conoce que este es un medio de apagar y de absorver todos los rumores y toda clase de ideas, pero para ellos no debia haber recelo alguno, tratándose de hombres tan enérgicos y bulliciosos.

La Siberia absorve en sus glaciales fuerzas, industria y sueños de libertad; y es una mezcla hábilmente combinada de influencias físicas, destinadas á hacer degenerar la influencia moral.

Algunas veces habreis leído en los periódicos el relato de una de esas fabulosas vueltas de la Siberia, realizadas por algun soldado de nuestros antiguos ejércitos; y aunque estas historias no han sido siempre verdaderas, algunas de ellas tienen un fondo real y positivo.

En efecto, varios prisioneros escapados de las minas del Oural, ó de las cavernas de la Siberia, han vuelto á aparecer como espectros, en medio de sus familias, que ya los habian olvidado, despues de haber llorado por ellos largo tiempo.

La mayor parte de los rusos consideran como una necesidad esta Siberia, que esponemos á la execracion del género humano.

Esto es decir el atraso en que se encuentra respecto á la via de la civilizacion, que comienza en el bruto y termina en Dios, ese pueblo dotado de suficientes facultades.

La distancia que existe entre los rusos y el esclavo, es de dos grados de escala geográfica, en favor de este último.

Un sentenciado minero puede ser castigado de muerte, sin formacion de causa, por cualquier cabo, descontento de su juego de naipes, ó de la comida del dia anterior.

¿Hay necesidad de esta barbarie en un país donde la muerte corta la vida con tal prodigalidad, sin que sea necesaria la cooperacion de los hombres?

Si se considera el hilo delicado de que está pendiente el poder de los Czares, si se quiere reflexionar que los gobiernos fundados sobre la tierra jamás han sido duraderos, se podrá asegurar lo que puede prometerse de la Rusia, el imperio del mundo.

¡El reinado de los godos y de los vándalos pasó en buena hora!



## DE EUROPA.

LA

## CONSERJERÍA.

## I.

Pedro de la Brosse.—El juicio de Dios.—La Beguina de Nivelles.—Diplomática y profetisa.—Crímenes de la Brosse.—Su suplicio.—Crimen y castigo del preboste Capetal.—Jourdan de l' Isle, pariente del papa por las mujeres.

Luis IX tenía por barbero á un hombre de baja estracción, llamado Pedro de la Brosse, que ejercía además cerca del gran rey las funciones de cirujano.

Con poca razon, ó mas bien por defecto de reflexion, se ha repetido por todos los escritores, «que era un hombre levantado del polvo de la tierra» como dice la crónica. Al contrario; Pedro de la Brosse fué un superior y cultivado talento, que dirigió con mano atrevida la peligrosa política de la época, y el cual, si se hizo culpable de los crímenes que se le han imputado, no recibió el condigno castigo sino á causa de esa inferioridad del nacimiento, que bajo el régimen feudal hubo siempre de paralizar las voluntades mas enérgicas y los mas poderosos genios. Honrado ó no, la Brosse hubiera campeado indudablemente sin el gran defecto de pertenecer al último de los estados sociales.

El cirujano de San Luis llegó á ser primer ministro, ó mejor chambelan de Felipe III, hijo y sucesor de su antiguo amo; y reinaba des-

póticamente, gracias á su habilidad en los negocios, en el espíritu del jóven monarca, cuando perdió este príncipe á su esposa Isabel de Aragon, de quien en cinco años de matrimonio habia tenido cuatro hijos.

A la edad de veinte y nueve años, casó Felipe en segundas nupcias con María, hermana de Juan duque de Brabante, el cual fué en persona á conducir á París á su hermana la princesa y asistió, en la Santa Capilla, á las magníficas ceremonias que para la celebracion del matrimonio tuvieron lugar.

La fiesta fué espléndida. Toda la nobleza brabantesa habia querido servir de escolta á la desposada, y toda la francesa acudió á recibir á su nueva reina. María era hermosa; el rey la amó luego, y como estaba dotada de tanto talento como belleza, no tardaron en apercibirse los cortesanos de la omnipotencia que iba la reina á alcanzar.

Orgullosa María de su juventud, de sus triunfos, de su poder, ni siquiera se dignó inquirir si podian tantos destellos haber herido en torno suyo algunas miradas. Gobernaba á su esposo y reinaba en Francia; los negocios no le asustaban, y lo mismo conversaba con el rey de guerra, que de hacienda y poesía. Felipe III traspasó á la reina toda la confianza que antes su chambelan le mereciera.

¡Basta en la corte tan poca cosa para oscurecer ese pálido sol que llaman el favor! La Brosse notó que se formaba en torno suyo un gran vacío; que los lisongeros cambiaban sus costumbres y echaban raices en las antecámaras de la reina: ni uno solo iba ya á solicitar la proteccion del que poco ha parecia el astro de la corte y el dispensador de todas las gracias.

Acordóse entonces la Brosse de que dos años antes, cuando Alfonso X de Castilla, apellidado el Sabio y el Astrónomo, trataba de evitar la guerra terrible que le preparaba Felipe, habiendo los planes del rey de Francia sido vendidos al castellano, todos los cortesanos, celosos del favor de que la Brosse disfrutaba, habian intentado derrocar su valimiento señalándole como autor de semejante traicion. ¿No iba á amenazarle igual peligro al de que entonces solo de milagro se habia salvado, luego que monopolizando poder y crédito la reina, hubiese hecho inútiles los servicios del ministro? La Brosse, pues, se

decidió á destruir el poder de la reina como se habia querido destruir el suyo. Lo que se llama ambicion en la corte no es á menudo, y aun casi siempre, otra cosa que un acceso de amor propio.

Para atacar convenientemente á María de Brabante echó mano la Brosse, segun se dice, de la calumnia. Era jovial y tratable la princesa; amaba las artes y protegia á los poetas. Por muy abandonado que se hallase de todos el chambelan, no dejaba de contar con cierto núcleo de cortesanos, los mas astutos ó los mas adictos, como se quiera, esos en fin que aguardan para dejar el rinconcito del hogar á que la llama y el calor se hayan completamente evaporado. Mostróles la Brosse á María como una reina demasiado ligera, demasiado familiar para sentarse en el trono de San Luis. Su jovialidad hacia fruncir el entrecejo á cortesanos tan austeros, á tan rígidos sacerdotes.

—La reina carece de majestad—dijeron los unos.

—Se habla mucho de la reina—repusieron maliciosamente los otros.

—Es una mujer que reina á despecho de la ley sálica,—hizo observar el obispo de Bayeux, pariente de Pedro la Brosse.

Todos estos rumores fueron creciendo al circular de boca en boca. Solo la reina los ignoró, continuando con su acostumbrada manera de vida. La corte llegó á ser una alegre corte, sin licencia, con todo; es preciso hacer esta justicia á una reina ya suficientemente justificada por buen número de tragedias y de poemas épicos en su honor inspirados.

Pero el rey supo lo que se decia; y lo supo en circunstancias que tuvo la Brosse buen cuidado de escoger favorables á sus proyectos.

Viva María como una mujer, y franca como una flamenca, ocultaba mal el despecho que la presencia de los tres hijos del rey herederos de la corona le causaba: los tres prometian ya por su alívio porte y su floreciente salud, el mas mezquino y oscuro porvenir á los hijos que aquella podria haber de Felipe, de ese esposo tan amante y tan amado.

Cierto dia salió la Brosse de la cámara real, de colérico talante, en ocasion que salia Felipe de su habitacion situada en frente, en la misma meseta de la escalera.

—¿Qué motivo teneis para estar hoy tan furioso, Pedro?—le dijo el rey.—¿Está enfadada la reina?

—¡Oh! nada de esto, á Dios gracias, querido señor,—respondió la Brosse.—Yo solo soy el que está enojado.

—¿Por qué motivo?

—No me he equivocado, mi querido señor; quiera Dios que sea únicamente yo el triste.... Pero escuchad, escuchad...

Oyóse en efecto en la galería que separaba ambas torres y que caía á la ribera, el llanto de un niño, á quien trataban varias voces de consolar.

—Es mi hijo mayor, Luis, á lo que parece—dijo Felipe.—¿Si se habrá herido?

—No me preguntéis nada, amado señor,—respondió el chambelan—yo no quiero meter cizaña en los asuntos del rey, pero si arreglarlos.

—Hablad, hablad, amigo nuestro, yo lo quiero.

—Pues bien, mi querido señor, la reina ha dado pruebas de ser mala madre para con vuestro hijo Luis. Acaba de decirle que no era rey todavía y que debía respetarla; luego le ha cogido bastante bruscamente por el brazo y el niño ha llorado; porque al fin él es altivo y lleva razon, porque ha de ser rey.—«Señora; ha contestado, yo debo ser rey, es la ley.»—«La ley es injusta» ha replicado la reina.

A su vez frunció Felipe el entrecejo.

—Ya veis, querido señor,—añadió la Brosse—que he hecho mal en hablar....

—No; está bien—repuso el rey.—La reina está pesarosa de no tener hijos....

—Aunque los tuviese, señor, vuestro hijo Luis no deja de ser por esto el heredero de la corona y reconocido como tal por todos los buenos franceses.

El rey suspiró. Amaba mucho á este hijo. Atravesó la galería con cierta precipitacion y presentóse al jóven príncipe, quien á su vista, lloró mucho mas fuerte, como suelen todos los niños, aun los menos orgullosos y menos reyes.

Felipe tomó de la mano á su hijo, sacóle de en medio de un grupo de mujeres y se lo llevó á los jardines. Esto fué en palacio un ver-

dadero acontecimiento. Habíase oído á la Brosse referir al rey el origen de la querrela, y la misma tarde contaba ya el chambelan en su cortejo una veintena mas de cortesanos; pues Felipe se habia paseado aquella tarde entre Luis y la Brosse.

Esto fué una nube algo mas opaca esparcida sobre la felicidad de la familia real. Luego fueron acercándose todas las que tenia la Brosse prudentemente en reserva, como el dios mitológico. Tantas nubes reunidas acaban por formar una tempestad.

Pero la belleza de Maria y el amor del rey triunfaron obstinadamente. Soplando siempre por su lado la Brosse alguna discordia, la tempestad llegó. Mas seamos primero historiadores; luego tendremos ocasion de ser comentaristas. Despues que hayamos descrito la tormenta inquiriremos su causa.

Muchos dias despues de este paseo, amanece Luis con una violenta calentura. Llámase á los médicos. La Brosse les auxilia con sus conocimientos. No tarda en retorcerse el niño presa de espantosas convulsiones, y despues de una enfermedad asaz corta, pero dolorosa, espira. Nadie admite en palacio la muerte como una condicion de la naturaleza. La Brosse exige que se abra el cadáver. Abrese con efecto, y se encuentran en la piel y en las entrañas del mismo gran número de manchas lividas, de aquellas manchas que imprime ordinariamente un veneno devorador ó un virus mórbido, causa eficiente de infinidad de enfermedades naturales.

Veinte voces se levantan al instante para declarar que el jóven príncipe ha muerto envenenado. Al esparcir en derredor una mirada, no ven los cortesanos otra persona mas interesada en el resultado de este crimen que la misma reina cuya antipatía por Luis se habia recientemente manifestado.

—La reina ha envenenado al hijo del rey—dicen los amigos del rey y en particular los de la Brosse, aprovechándose de esta ocasion para perder á su enemiga. Esclarecida algo tarde Maria de Brabante sobre los efectos de tanta animosidad contra ella levantada, apela al amor de su esposo, quien, en el primer momento de su dolor permanece frio y desconfiado. Aconsejada luego de sus amigos ó inspirada por su odio contra la Brosse, esclama:

—No soy yo quien ha envenenado á Luis; es el chambelan,

el cual ha cometido este crimen para hacérmelo atribuir.

Esta nueva acusacion sorprende á Felipe; sorprende al propio la Brosse y á sus amigos. A falta de pruebas, puesto que si las hubiese habido, la reina estaba naturalmente perdida, podia justificarse el chambelan tan bien por lo menos como la misma María. Alega pues los lugares comunes de la presuncion. María tenia interés en matar al príncipe; María queria hacer reinar á sus hijos; María queria desembarazarse de los hijos del rey que algun dia sabia bien que habian de tornarse en sus mas crueles enemigos. María, en fin, aun adorando en Felipe, ¿no podia estar celosa de la difunta Isabel de Aragon que habia tenido la dicha de dar cuatro hijos al rey y despertaba en él á menudo, del fondo de su tumba, melancólicos recuerdos?

—Si yo hubiese querido matar al príncipe—dijo María—me habria valido de mis amigos. Pues bien, ninguno de ellos ha asistido á Luis en su enfermedad. El chambelan es quien ha elegido y llamado á los médicos, quien ha designado á los servidores: él mismo ha indicado con frecuencia los remedios. ¿Hubiérame espuesto yo á vender mi secreto delante de gentes interesadas en perderme? nada hay mas fácil que descubrir la verdad. Permita el rey que sean puestos á cuestion de tormento todos los que se hallaron presentes á la agonia del príncipe. Una sola confesion basta para dejarme completamente justificada.

El medio era violento para ser propuesto por una reina poética, por una mujer. Semejante aplicacion de muchos hombres recomendables y sin duda inocentes á la horrorosa tortura de entonces, no revelaba ciertamente una enorme sensibilidad. Pero era la costumbre y el derecho de esa época. Muchos sufrimientos plebeyos no eran demasiado para salvar una reputacion real.

Sabia muy bien la Brosse que el rey amaba menos á la reina, mas no para sacrificarla á un antiguo servidor. Trabajó tambien por su lado: nadie fué puesto en tormento, y el crimen, ó mejor la acusacion, continuó cerniéndose, ora sobre la una, ora sobre la otra de las dos cabezas rivales.

Hemos dicho que la Brosse era un talento superior. Mas por muy hábil que una persona sea pertenece á pesar suyo á su siglo y se encuentra embarazada en los mil y un lazos, que el uso, la

preocupacion y la ignorancia le tienden á cada paso que intenta dar fuera del camino trillado. Vive cada cual en su época, de la que no se sale sino por medio de la muerte. No pudiendo la Brosse disponer de otros medios que los acostumbrados, hizo acusar oficialmente á la reina por un hombre que le era completamente adicto.

Una acusacion capital era entonces un reto. El acusador se presentaba delante de los jueces armado hasta los dientes y ponía su vida en uno de los platillos de la balanza. Si el acusado suministraba un defensor, tenia lugar el combate. Todos sabemos á que atenernos sobre esa especie de pruebas á que se daba el nombre de *juicio de Dios*.

Avanzó pues el acusador de la reina, sostenido secretamente por la garantía de su patrono. Vagamente se adivinaba este formidable apoyo y el temor de una derrota contuvo á todos los que hubieran querido defender lo inocencia de María. Despues de los tres llamamientos, si nadie se habia presentado, María estaba de hecho condenada. La Brosse habia calculado que nadie en Francia tomaria partido contra él en favor de la brabantesa, y en cuanto al resultado de este negocio, le tenia sin cuidado.

El primer llamamiento del campeon acusador no hubo de ser oido. El segundo quedó igualmente sin resultado. Al tercero, del cual todos esperaban el mismo éxito, percibióse un gran ruido en la sala de audiencia solemne y presentáronse muchos caballeros con la visera calada. Venia á su cabeza un campeon cubierto de magníficas armas y cuyo penacho de colores brabanteses sombreaba la dorada cimera.

María lanzó un grito de gozo. La Brosse palideció. El caballero levantó el guante, descubrió su rostro y dijo:

—Yo, Juan, duque de Brabante, sostengo que ha mentido el que acusa de asesinato á mi hermana María, reina de Francia, y heme aquí dispuesto para el combate. Heraldo, hablad.

Acercóse uno de los caballeros; era el heraldo. Leyó la fórmula del desafío. Sonó una trompeta. Jamás pesó un silencio mas profundo sobre una asamblea tan diversamente agitada.

El acusador permanecia como fascinado por la imperiosa mirada del príncipe su adversario. ¿No era acaso querer ser antes vencido, entrar en liza con semejante campeon?

Comprendiendo la Brosse toda la desventaja de una posicion tan

comprometida, miró á su caballero para darle el valor de un continente defensivo. Mas el acusador no veía ya cernerse por cima de todo este negocio el poder de la Brosse: su patrono volvía á caer en un rango inferior. Pelear con la certeza de ser vencido, era esponerse primero á las heridas, y á una muerte ignominiosa despues. Hechas por este hombre todas reflexiones durante una segunda proclamacion del heraldo, bajó la cabeza y no contestó.

—Mi amo me salvará—pensó—cuando se trate del castigo impuesto por la ley; pero no me defendería contra la espada del duque Juan: no podría impedirle que arrastrase mi cadáver en torno del palenque.

—¿Respondeis al fin?—gritó el duque con creciente orgullo.

—Si monseñor el duque está seguro de la inocencia de su señora hermana—contestó el acusador, ¿de qué serviría el testimonio de este pobre y humilde caballero? Tarde ó temprano, el Señor, cuya justicia se invocaría, hablaría para descubrir al culpable.

—¡Oís!—esclamó Juan de Brabante—rehusa el combate! La prueba ha terminado... La reina de Francia es inocente. ¡Trompetas, proclamad el triunfo de la reina mi hermana!

Felipe, entonces, cubierto el semblante de febril sonrojo, levantándose sobre sus flores de lis, dió las gracias al duque Juan, tendió su mano á la reina y dirigiéndose luego al vencido campeón:

—No habiendo perseverado en tu resolucion—le dijo—quedas á nuestro arbitrio. Duque Juan, yo os lo entrego.

Volvió á la Brosse sus ojos el acusador; pero la Brosse permanecía impassible á los piés del rey.

—¿Qué dice á esto el señor chambelan?—preguntóle el duque con irónica sonrisa, cuya terrible intencion hubiera penetrado el mas torpe.

—Digo, señor duque,—replicó la Brosse—que el acusador que desiste de la prueba es un caballero vencido en el combate y se halla á merced del vencedor. Acusó antes á la reina y hoy la declara inocente. Si esta confesion procede de arrepentimiento, monseñor, el duque y la señora reina examinarán la indulgencia que pueda merecer un culpable arrepentido. Si es el miedo el que ha dictado esta retractacion, el vencedor decidirá del crédito que debe merecer la de-

negacion de un cobarde. Pero, lo repito, el acusador se halla á merced de monseñor el duque, segun nuestras leyes, y segun el derecho reconocido por la Iglesia.

—¿No teneis mas que decir?—preguntó el rey con interés á la Brosse.

Volvió este á animarse, sin que hubiese por esto perdido un solo instante la serenidad.

—Estimado señor,—contestó—se habia entablado una acusacion y no ciertamente por parte mia. La reina me ha hecho acusar y yo no me he defendido eligiendo mi campeon, porque he preferido abandonarme á la justicia de Dios. ¿Se ha reconocido la inocencia de la reina? yo me congratulo por ello: pero no se ha declarado que yo sea culpable. Y conjuro á monseñor el duque, á la reina mi señora, de decirlo en mi presencia: ¿Soy yo culpable de la muerte del principe? ¿el ilustre campeon que acaba de sostener la inocencia de su hermana la reina, arrojaria el guante para mantener mi culpabilidad?

La Brosse, ese hombre de baja estofa ó «levantado del polvo de la tierra,» se habia mostrado tan grande por esta audaz iniciativa, que el valeroso duque de Brabante llegó á vacilar ante una formal acusacion.

—No hemos venido aquí—respondió—para acusar, sino para defender á la reina. Que Dios y el rey hagan lo restante, puesto que solo se trata ya de castigar.

La suerte del acusador no era dudosa. El duque de Brabante pidió que se hiciera justicia con ese desgraciado, el cual sin pruebas contra la reina y sin otras armas que un mal entendido celo, habia corrido á la muerte. El vencido, dice Mezeray, fué condenado á la horca, y desde entonces hubo de resolverse la Brosse á despachar por sí propio sus negocios.

Si Felipe hubiese sido uno de esos príncipes ingénuos á quienes se hacia creer que nunca yerra la inspiracion divina, bastárale la retractacion del acusador para absolver plenamente á la reina. Pero justificado la Brosse por esta singular prueba, tan radicalmente como María de Brabante, insistió en que, si bien no se habian hallado los culpables, el crimen existia, el asesinato era flagrante, puesto que

cónstaba la presencia del veneno. No juzgó prudente Felipe abrir de nuevo los procedimientos, pero se dejó convencer por la Brosse y volvió á flotar—¡triste condicion de los reyes!—entre una sospecha contra su esposa y otra contra su amigo.

María se apercibió bien pronto de la contramina, de la que habló al duque de Brabante, el cual, aprovechándose de las ideas supersticiosas de ese siglo, escribió al rey de Francia:

—«Hermano mío: lo que la casualidad oculta á veces á determinados hombres, Dios lo revela á otros. Hay, segun dicen, en vuestros estados y en los míos muchas santas personas iluminadas por el espíritu divino. Consultadlas sin escándalo. Os importa no tanto para castigar como para libraros de una dudosa perplejidad. Vuestro corazon sabrá comprenderme. No quiero comunicar este aviso á la reina mi hermana: no lo confieis tampoco al chambelan, vuestro fiel servidor; de príncipe á rey, tratemos en familia de este asunto.»

Acordóse al momento Felipe que tenia la dicha de vivir en una época, en la cual tres profetas se dividian la veneracion y la credulidad de los fieles cristianos. Cierta despreocupado historiador les llama seriamente *tres falsos profetas*. Eran el *vidame* (1) de Laou, un fraile vagabundo, franceses los dos, y una beguina (2) de Nivelles, en Brabante. El rey no tuvo mas dificultad que la de la eleccion; pero era una dificultad enorme, tan enorme que no se escapó á la Brosse, cuya atencion, segun se comprenderá, no estaba aletargada.

—Si el rey no elige—se dijo—es menester que elija yo.

Y se ocupó seriamente en fijar la eleccion del rey sobre uno de los profetas franceses. Mas la fatalidad ó las sabias combinaciones de María y de su hermano hicieron inclinar á Felipe á favor de la beguina. Era esta súbdita del príncipe brabantés, y por consiguiente fácil de ser influida é inclinada naturalmente á la hermana de ese príncipe, su compatriota. Real era pues la desventaja de la parte adversa.

La Brosse se encargó de redactar una pequeña comunicacion del espíritu divino, para el caso de que Felipe se dirigiese al vidame de Laou, ó al fraile francés. Conservaba en Francia bastante poder para

(1) Título de honor y de dominio feudal, usado solo en Francia.

(2) Asociacion que dió mucho que hablar en aquel tiempo.

obtener de semejantes profetas una respuesta concluyente contra su enemigo. Pero ¿se podría obligar á la beguina á acusar á la reina? ¡Jamás! Era esto tan imposible, aun al espíritu divino, que la Brosse se aperebió del peligro y solo se ocupó en evitarlo. Los papeles estaban invertidos: no se trataba ya de perder á la reina, y si solo de no resultar convicto por la revelacion de la beguina, de un crimen del que estaba sin duda tan inocente como la misma María.

En tanto que el duque y su hermana aplaudian interiormente la eleccion de Felipe y del inevitable triunfo de la prueba, hacia nombrar la Brosse comisarios para instruir en este asunto, en Nivelles, á Mathieu, abad de Vendôme, y á Pedro, obispo de Bageux, ó de Evreux, su hermano.

Podemos afirmar, sin pecar de temerarios, que nada habia revelado el cielo á la beguina sobre el supuesto asesinato cometido en la persona de Luis de Francia. Todo lo que sabia le habia sido comunicado por intermediacion del duque Juan. Despues de haber recibido los comisarios su declaracion, cada uno en particular, con mil precauciones, para que constase semejante aislamiento, volvieron cerca de Felipe, que ya impaciente les esperaba.

—Y bien,—dijo este al abad de Vendôme—que habia sido el primero en regresar á la corte ¿qué respuesta me traeis?

—Ninguna, señor—respondió el abad—la beguina se ha negado á entrar en comunicacion conmigo, respecto al asunto que tanto á vuestra tranquilidad interesa. Mas tal vez se haya espontaneado con el señor obispo.

Contrariado el rey, aguardó que el obispo llegase.

—Veamos vuestras noticias, mesire Pedro, ¿ha revelado el secreto la piadosa beguina?

—Sí, señor.

—¡Ah! ¡por fin!—esclamó Felipe III, cuya satisfaccion fué estremada, bien que hubiese de temer una certeza funesta á su amor ó á su amistad.—Referidme lo que haya.

El obispo se inclinó.

—Imposible, señor,—dijo;—la religiosa de Nivelles ha hablado en efecto, pero bajo el secreto de confesion; y vos sabeis, señor, que la confesion no puede revelarse.

Ya no fué la contrariedad, sino el furor lo que brilló en el semblante del rey.

—¿Os he encargado por ventura que la confesaseis?—esclamó.

—Dijisteisme, señor, que la hiciese hablar, y solo ha querido con esta condicion.

Al dia siguiente otros dos comisarios partian, á pesar de la Brosse, para Nivelles.

Eran un templario y un obispo de Dôle.

O se esplicó la beguina con menos dificultad, á lo que parece, ó los enviados fueron menos escrupulosos, puesto que trajeron al rey la siguiente respuesta:

María de Brabante es inocente. Los que la acusan son unos calumniadores.

—¡Loado sea Dios!—dijo el rey;—pero al fin ha habido un crimen. ¿Quién es el criminal?

Nada añadieron sobre esto el obispo ni el templario. Pero bastaba que se hubiese reconocido la inocencia de María para que el rey devolviese á su esposa todo el amor de antes.

La Brosse perdió desde este momento en prestigio todo el que ganaba la reina.

—Soy hombre al agua á la primera ocasion—se dijo.—Mis servicios han venido ya á ser inútiles y además cuento con terribles enemigos.

Esa ocasion la estaba acechando el duque de Brabante.

Ya llevamos dicho que Alfonso de Castilla habia pretendido conocer los planes de Felipe por indiscrecion de un familiar del rey de Francia, y que las sospechas se habian hecho recaer sobre el chambelan por los enemigos que, temiendo el poder del valido intentaban derrocarlo. Incapaz el duque de Brabante de perder á la Brosse por la acusacion de envenenamiento de que con tanto trabajo habia de sacar ilesa á la reina su hermana, recurrió á otros medios. Abramos ahora la historia.

La faccion de Castilla habia sublevado la Navarra contra el lugarteniente del rey Eustaquio de Beaumarchais, y los rebeldes sitiaban á este oficial en un cuartel de Pamplona. Tan desagradables noticias decidieron á Felipe á entrar en el Bearn. Mas el castellano, con in-

tenio de entretener al francés á fin de que no entrase tambien en España, pidió abocarse con Roberto de Artois, en cuyas conferencias hizo perder al de Francia como unos treinta y cinco preciosos dias, de suerte que, faltar de viveres el ejército, decampó de improviso Felipe y ya no pensó sino en regresar cuanto antes á la corte. Enterado por algun traidor, advirtió desde luego el castellano de lo sucedido á Roberto, el cual se manifestó tan sorprendido como indignado.

Aquí comienza nuestro comentario.

Inútil traicion, la de advertir al castellano de un suceso del que iba á ser instruido algunas horas despues! Ese traidor no podia prometerse un gran agradecimiento de Alfonso y vendia á su rey por bien poca cosa. Y en cuanto al castellano ¿qué lograba *advirtiendo* de su traicion á Roberto? Naturales eran en éste ciertamente la sorpresa y la indignacion, pero podia hasta cierto punto tranquilizarle la idea de que el traidor hubiera podido advertir ocho dias antes al castellano é inspirarle el plan de cortar la retirada á los franceses, á quienes se hubiera de este modo puesto en situacion de escoger entre morir de hambre ó á hierro.

La invencion de semejante alevosia no hace mucho honor á la táctica del que hubo de llevarla á cabo. Veamos si será tal vez mas propia de la imaginacion iracunda de los enemigos de la Brosse.

El castellano Alfonso, que en el primer momento habia advertido al de Artois de las revelaciones del traidor, no pudo declararle su nombre, por ser cosa al parecer imposible. Pero no guardó Roberto para sí toda su indignacion y su sorpresa, pues bien pronto llegó á saberse en Francia que acababa de ser traicionado el rey por un desconocido. No hay campo mas vasto para dar curso á las sospechas que el de lo misterioso. Es inútil decir si se harian sobre esto muchos y diferentes comentarios. Volvamos á abrir la historia.

Hallándose la corte en Melun, cierto dominico del convento de Mirepoix entregó un pliego al rey, en sus propias manos, que dijo haber recibido de un hombre fallecido la víspera en su convento. Nadie conócía á esa persona, y aun hoy dia se ignoran su nombre, naturaleza y calidad. En cuanto al pliego, contenia una carta cerrada con el sello de Pedro la Brosse. Es preciso convenir en que fué singular casualidad la que conduxo este asunto de suerte que muriese el des-

conocido y llegase á manos del rey una carta que solo comprometia á la Brosse. Mas tan gravemente le comprometia, que el rey palideció, permaneció algunos instantes estupefacto, y reunió un consejo. La misma casualidad habia precisamente, en esta época, traído á Melun al duque de Brabante, el cual quedó tan sorprendido como el rey de las monstruosas cosas que en esa carta se revelaban.

Tratábase de cierto aviso comunicado por el gran chambelán al rey de Castilla; una nueva traicion de igual índole que la anterior, pero mucho mas criminal, puesto que se habia podido vender un importante secreto.

—Todo está ahora explicado—dijo entonces un oficioso consejero; —hé aquí la prueba, no solo de una, sino de dos felonías mas; los avisos dados al rey Alfonso en Bearne al comenzarse las hostilidades, parten del mismo autor, y este es el que suscribe la carta que ha sido entregada al rey nuestro señor.

La Brosse fué inmediatamente arrestado. No podia esperarse otra cosa. Condújose á París, en tanto que la cólera del rey, hábilmente avivada por los consejeros y hechuras de la reina, meditaba una estrepitosa venganza. Parece mas que probable que fué en un principio encerrado en la torre del Louvre y vuelto luego á conducir al castillo de Janville en Beauce, á fin de que no perdiese de vista el monarca á su prisionero durante su permanencia en el campo.

Reunido por fin el tribunal, trasladóse de nuevo á la Brosse al palacio de París, y quedó encerrado en la Conserjería, casi como debia serlo. Enguerrando en Vincennes, bajo los piés del rey, mientras se paseaba éste por los jardines con sus cortesanos.

El proceso no podia menos de tener un resultado fatal para el acusado. Las presunciones, las acusaciones de toda clase, la terrible prueba de la firma, y por cima de todo esto, la pérdida del favor real, precipitaron el fallo. Defendióse la Brosse como diestro y atrevido que era. Mas ¿dónde encontrar el testimonio de una persona fallecida en ese convento de Mirepoix? ¿Qué decir á ese celoso dominico, que habia dado cumplimiento á la última voluntad de un moribundo, llevando al rey un pliego cuyo contenido ignoraba? Probó de negar la Brosse su sello; pero era esta una pobre defensa.

—No pensó en invocar las revelaciones de ningún profeta, y aunque

en ello insistiera, no se habria sido tan crédulo en su favor como se fué con la reina.

Despues de haberse consumido por algun tiempo en la negra y húmeda prision del palacio, fué pura y simplemente condenado la Brosse á la pena de horca—por ser de baja estraccion—convicto, segun reza la sentencia, de traicion, de inteligencia con los enemigos de la Francia, de robo, de peculado... en una palabra, de cuanto es necesario para merecer esa pena. Lo que sobremanera nos sorprende es que ni una palabra se dijese sobre el asunto del veneno.

El duque de Brabante quiso asistir á la ejecucion. Sacado Pedro de la Brosse de la consergeria por una compañía de arqueros y materialmente llevado de los cabezones por el verdugo, fué colgado de las horcas patibularias en presencia de un inmenso gentío, muriendo noble y valerosamente.

Así terminó esta larga tragedia cuyos actores trataron alternativamente de preparar á su favor el desenlace.

Mejor ejemplo de justicia habia tenido lugar poco antes. El preboste de Paris, llamado Capetal ó Chaperal, fué quien proporcionó la ocasion.

Hácia el principio de 1320 hubo de cometerse en la corte de Francia un crimen horroroso. Con motivo de cierta herencia, uno de los plebeyos mas opulentos asesinó á su enemigo. Sorprendido en flagrante delito, fué encerrado el criminal en la cárcel del Châtelet, y entregado á la terrible justicia de aquel tiempo.

Asustados su mujer y sus parientes de los espeditos procederes del preboste, se presentaron á este magistrado. Capetal queria bien al pueblo, del cual habia salido; lisonjeábanle las súplicas de una mujer de bella apariencia que prometia quedar reconocida, y le agradaba tambien hacerse del servicial.

—Vuestro marido ha sido preso—dijo á la esposa del asesino—y se le está juzgando en este instante. Si no sale condenado mas que á prision, os prometo que le vereis á menudo.

—¡Ay! señor preboste—dijo uno de los parientes del rico recaudador que se engordaba esperando la horca—el fallo ha sido ya publicado; nuestro pariente está condenado á morir.

—Esto es mas grave de lo que creia—respondió Capetal.—Nada

puedo yo hacer en ello. No ignorais que el verdugo se apoderará mañana, según costumbre, del condenado, le sacará de la cárcel, le conducirá á los mercados y le colgará de la horca. Es preciso resignarse.

Los parientes se echaron á los piés de Capetal.

—Bien veo—dijo—que es esto una gran desgracia para una persona rica, y sobre todo para la familia, sobre quien echa ese fallo una terrible mancha.

—Y ¿no queda esperanza alguna?

—No la sé ver.

—¡Oh! ¡señor preboste!—ni la familia, ni la esposa perdonarian sacrificios ni gastos.

Ocultó el preboste su boca con una de las manos en actitud meditabunda; mas fué en realidad para disimular una sonrisa que en ella le retozaba.

—Todavía puede haber un medio.

—¡Ah! señor; ¡hablad! ¡hablad!

—¿Tiene el condenado buenos amigos... verdaderos amigos?

—Muchos, señor.

—¿Y se hallarán prontos á no retroceder ante ningún obstáculo para salvar á ese desgraciado?...

—Ciertamente.

—Seria menester que uno de ellos se sacrificase por él.

El semblante del interlocutor espresó la admiracion mas profunda.

—Yo arreglaré las cosas de manera que la ejecucion tenga lugar muy de mañana ó muy tarde, la misma noche...

—¿Y bien, señor?—dijo el pariente, no comprendiendo todavía una palabra.

—En este caso, tomando el verdugo la víctima que se le entregue, la ejecutará... y Cristo con todos.

—Pero...—repuso el pariente;—pero, señor, ¿quién ha de consentir en reemplazar en el patíbulo á un condenado á muerte?

—Estó os concierne á vosotros—contestó friamente el preboste.

—¡Es imposible!—esclamó desanimado el colector.

—A falta de amigos, puesto que no los hay tan generosos—prosiguió Capetal—quizá... si bien se buscase... se encontraria...

—¿Quién, señor? ¿quién?

—Sin embargo... sería difícil...

—Decid, decid.

—Y sobre todo muy caro.... pues como ahora mismo deciais, la vida es grata y nadie consiente con facilidad en perderla.

—No hagais reparo en los gastos, señor: todo lo pagaremos.

—Está bien, está bien—dijo Capetal con centelleante mirada.—

Mas repetidme vuestra promesa para que pueda yo obrar en consecuencia.

Trasportado de gozo el pariente, hincó el acento en la palabra que acababa de dar; pero sin precisar cantidad alguna.

—Veremos, veremos,—dijo Capetal con afabilidad— volved luego.

Besáronle las manos y el extremo del vestido los parientes del reo, y salieron del aposento andando hácia atrás con todas las señales de un gozo y un reconocimiento inesplicables.

Solo ya Capetal, pidió su mula y se dirigió al Châtelet. Encontró allí al condenado en uno de esos horrendos calabozos en donde comenzaban á formar el suplicio del paciente antes de que llegase el verdugo, los reptiles y los insectos de todas clases que en el fango de aquella asquerosa sentina hormigueaban.

A semejante mazmorra habia sido trasladado, despues del fallo, el homicida, sin que se hubiesen curado mas de él los carceleros. La ejecucion estaba fijada para el dia siguiente.

En la oscuridad donde el miserable se debatia entre espantosos gritos, apercibió Capetal desde las primeras gradas de la escalera que á ese sepulcro conducia, un segundo rostro, débilmente iluminado por el reflejo de la antorcha que sacudia á intérvalos el carcelero.

—¡Ah! señor preboste—gritaba el condenado—¡libradme! ¡socorredme! Me muero de frio y de miedo.

—Sin embargo, no estais solo á lo que parece—dijo el magistrado.

—Sí, entre asesinos, entre malvados—dijo el criminal—olvidando por costumbre que él era tambien un asesino.

—¡Eh! poco á poco—repuso entonces una voz salida como por milagro del infecto abismo.—Aquí no hay otro malvado ni asesino que vos.

—¿Quién habla ahí dentro?—preguntó Capetal, avanzando con

una especie de terror mezclado de curiosidad.

—Hacedme el favor de acercaros, señor,—dijo la voz—y haced presente á ese digno compañero de infortunio que soy un hombre de bien. ¿Me reconocéis, señor preboste..... señor Capetal?

Tomó éste la antorcha de manos del carcelero, y sin demostrar la menor emocion, bien que se hallase su corazón agitado por la mas punzante curiosidad;

—¡Hola!—gritó al llavero—quiero interrogar á ese hombre. Retiraos.

Capetal se quedó solo en la escalera, cerca de aquella persona cargada de hierros é incapaz de menearse.

—Paréceme conoceros.—le dijo.

—Sí, para mi desgracia—repuso la voz.—Soy el pobre estudiante que dibujó ciertos malaventurados emblemas en la puerta de vuestra casa y á quien hicisteis prender.... En vano me ha reclamado á menudo la Universidad, vos habeis sabido ocultar la venganza y el culpable.... ¿Quién puede saber que me hallo gimiendo en tan dura prision? ¡Haya un poco de piedad, señor! ¿No he sufrido ya bastante? ¿No se halla mas que suficientemente espiada una falta tan leve? Perdonadme, os suplico; y así como esperando siempre en vos, no he pensado jamás en acusaros, os juro por la cruz del Redentor que como me pongais en libertad, mis labios no se han de despegar para proferir contra vos la menor queja.

Capetal acabó de descender los húmedos escalones, y con la luz en la mano dirigióse hácia el fangoso ángulo de donde salian tan generosas súplicas.

En aquel funesto rincon, medio sumergido en corrompido baño de infecta inmundicia, revolcábase un hombre, jóven todavía, un desgraciado á quien no habia bastado á quitar la existencia el espantoso suplicio de largos años de cautiverio.

—Os reconozco—le dijo Capetal.—Con qué gnada habeis dicho jamás contra mí?

—¡Jamás, monseñor! Jamás; os lo juro delante de Dios.

El infortunado quiso levantar una de sus manos hácia la bóveda del calabozo; mas el peso de las cadenas volvió á derribar al suelo aquel desfallecido brazo.

—Y habiais de callaros tambien en adelante, si os sacase de este encierro.

—¡Ah! ¡monseñor!—esclamó el jóven—mi familia me está acaso aguardando aun, llorando mi ausencia, puesto que desaparecí de háito estraño modo, arrebatado por vuestros arqueros despues de un molin. Pero yo la diré que para mayor seguridad mia, he viajado; diré que no me habeis causado mal alguno; que no os conozco.... Y además os bendeciré....

—Está bien—dijo Capetal despues de unos instantes de silencio, que empleó en observar atentamente á su pálido y humillado enemigo.—Mañana saldreis de esta prision; pero jurad que no habeis de decir nada, sucédaos lo que quiera, sean cuales fueren las formalidades que crea yo conveniente llenar.

—¡Os lo juro por mi eterna salvacion!

—Adiós pues—dijo Capetal.

Y se alejó del prisionero cuyas bendiciones parecian ofender su modestia. Luego volviendo hácia él:

—Voy á hacer trasladar á vuestro compañero, que ha oido la conversacion.

—Entonces tal vez nos comprometa—dijo el estudiante.

—Se halla condenado á muerte y ha de ser ejecutado mañana.

—¡Pobre hombre!—murmuró el estudiante, observando á su vez al sentenciado, á quien aquellas terribles palabras acababan de sumir en un profundo desvanecimiento.

Acercóse Capetal al rico homicida, le quitó el traje bastante decente que vestia, y se lo dió al estudiante.

Volviendo á llamar entonces al carcelero, le dió algunas órdenes. El carcelero cogió al homicida por las espaldas, y le sacó fuera del calabozo, oyéndose luego el ruido de muchos cerrojos.

—Hasta mañana—dijo Capetal al estudiante.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! ¡monseñor!—esclamó una vez mas el inocente.

Montó de nuevo Capetal en su mula, y restituyóse á su casa. El pariente del homicida le estaba ya esperando con impaciencia.

—Parece que quereis mucho á vuestro deudo—díjole el magistrado con una sonrisa de buen augurio.

—¡Oh! sí, señor.

—Pues ya podeis daros la enhorabuena. He hallado al hombre que necesitais: cierto pobre diablo, disgustado de la vida y del régimen de una prision, consiente en morir en lugar del sentenciado; pero quiere que se enriquezca á su familia, y sus pretensiones son exorbitantes.

—¿Qué es lo que pide, señor?—preguntó el pariente enajenado é inquieto á un mismo tiempo.

—Pide treinta mil escudos. Así es que le he dicho que era imposible que se arreglase el negocio.

—Es mas de los dos tercios de la fortuna de mi pariente.

—Esto arruinaria á su viuda—dijo tranquilamente Capetal.

—¿Su viuda, señor? ¡Ah!

—Quiero decir, su mujer: como tengo, á pesar mio, tan fijo el pensamiento en esa ejecucion de mañana, y mañana la que es hoy su mujer será su viuda...

—Nada, nada, señor; la vida vale mas que el dinero. Todo se dará para la salvacion del sentenciado. ¿A dónde es menester llevar esa suma?

—Me hallo sobremanera perplejo—dijo Capetal:—porque una vez pronunciado el nombre, mi secreto es el vuestro. Así pues, una indiscrecion puede perdernos; á mí por mi excesiva indulgencia; á vos porque la justicia volveria á prender á vuestro pariente y os castigaria además. Solo una persona debe saberlo.

—Vos, vos, señor. ¡Oh! ¡teneis mucha razon!—dijo el crédulo arrendador.

—Si quereis, pues, fiaros de mí—interrumpió el preboste—yo me encargo de todo. Mañana, cuando se creerá en París que el cuerpo de vuestro pariente va á pender en la horca, otro quidam, vestido con su traje y cubierto con su gorro, pasará por las manos del verdugo. Hé aquí un magnífico resultado ¿no es cierto?

—¡Es mucho valor el de ese preso!—observó el arrendador—y demuestra querer entrañablemente á su familia.

—Vuestro pariente se alejará de París por algun tiempo; luego, si llegaba á morir el verdugo en cualquier sedicion, podria atribuírsele este error.... obtenerse un indulto....